

3
ACION C

L. W. SARTLANDO ALVARREZ RESEARCH ASSOCIATION & BULLYINGS

F1233

J8

S249

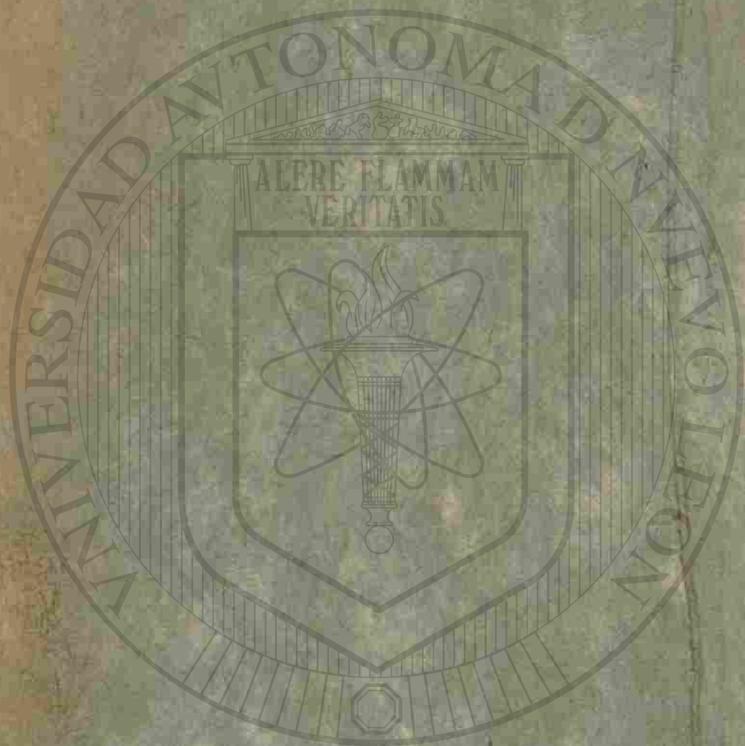
c.1

58727

7-13-D
10012-10



1080120117

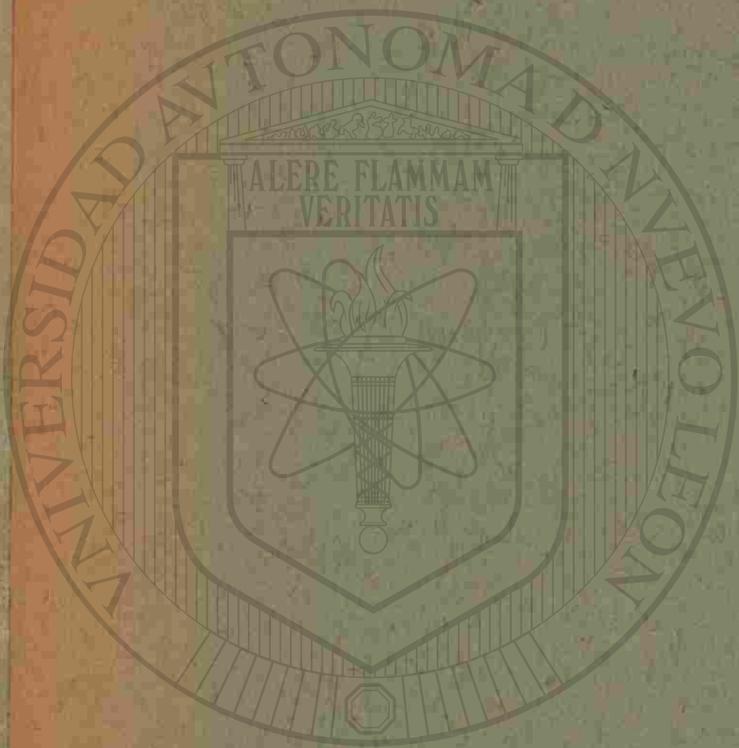


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

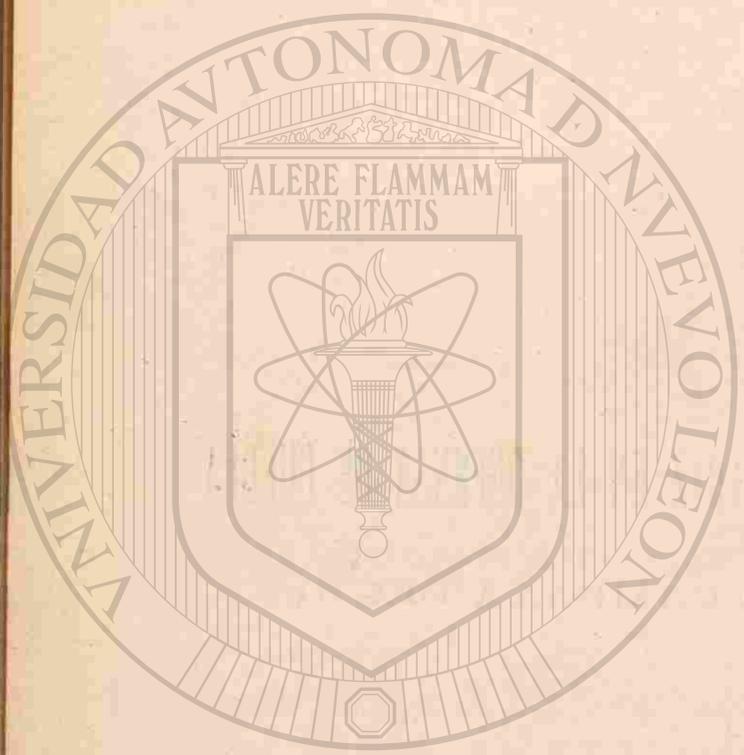




EL PAPEL DE JUAREZ EN LA DEFENSA DE PUEBLA
Y EN LA CAMPAÑA DEL 63.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



REFUTACION DE ALGUNOS ERRORES

DEL SEÑOR DON

FRANCISCO BULNES.

EL PAPEL DE JUAREZ EN LA DEFENSA DE PUEBLA

Y EN LA

CAMPAÑA DEL 63

MONOGRAFIA POR

VICTORIANO SALADO ALVAREZ

Edición de la "Revista Positiva."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

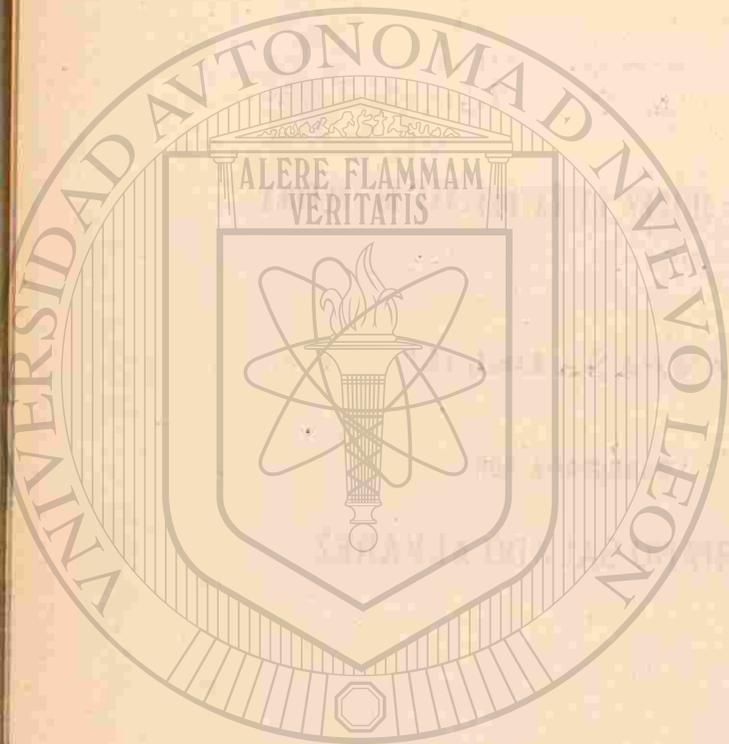
MEXICO.

—
TIPOGRAFÍA ECONÓMICA
CALLE DEL AGUILA 28.

—
1904.



F1233
.J8
5249



EL PAPEL DE JUAREZ

EN EL SITIO DE PUEBLA Y EN LA CAMPAÑA DEL 63.¹

AL SR. D. ENRIQUE C. CREEL.

¿Qué responsabilidad personal toca al jefe de una nación, en la coyuntura de conflicto armado y en lo que se refiere al logro ó fracaso de las combinaciones militares?

En mi concepto, deben distinguirse por lo menos tres situaciones diversas: el caso de que el jefe del estado tenga conocimientos militares y (como decía de Maximiliano el mariscal Randon) «monte á caballo y se proponga conquistar su imperio á punta de espada.» El caso de que, siendo soldado ó sin serlo, tome la alta dirección de los asuntos militares en razón de que se lo consientan las leyes del país ó de que sin autorización legal asuma el papel de jefe supremo de la campaña.—Este tipo de mandatario me parece haber sido el de Juárez á contar del mes de junio de 1863.

1. El presente estudio fué escrito para un libro en que debían colaborar varias personas. Circunstancias especiales hicieron que el trabajo no llegara á adquirir la unidad que hubieran deseado imprimirle los autores, y por tal causa determinaron éstos, de común acuerdo, que cada uno de los interesados publicara su parte por cuerda separada y sin responsabilidad ninguna colectiva. A tal circunstancia obedece la aparición de la presente monografía.

El caso de que, imposibilitado para dirigir ú ordenar las operaciones militares porque se lo vedan las leyes, esté sujeto á los propósitos ó á las veleidades de un gabinete parlamentario.—Tal fué la situación de Juárez hasta mediados de 1863.

Así, y para explicar mi tesis con ejemplos, Carlos XII, Federico y Napoleón fueron plenamente responsables de todas las derrotas y causa de todos los triunfos que obtuvieron sus armas. Nicolás II (y escojo el tipo del monarca absoluto) no será justiciable, históricamente hablando, sino por lo que ve á la suprema dirección de la campaña: negociaciones diplomáticas, declaración ó aceptación de la guerra, órdenes para la movilización y avituallamiento de las tropas, grandes lineamientos para la defensa ó el ataque, oportunidad para concertar paces, etc.—lo demás será del resorte exclusivo de ministros, generales, é intendentes, pues resultaría absurdo hacer cargos ó dirigir alabanzas al Emperador por la fortificación perfecta ó deficiente de una plaza, por el funcionamiento rápido ó tortuoso de un tren ó por la mortandad mayor ó menor de una batalla. La reina Victoria ó el presidente Loubet son la muestra del último tipo de jefes de estado: ni las buenas ni las malas fortunas, ni las rachas favorables ni las adversas, son argumento en pro ni en contra de sus aptitudes—pues muy bien pueden no tener ninguna, ó ser unos girifaltes y perderse de vista en lo de mandar y organizar ejércitos. Como jefes de estado irresponsables, serían idénticos el *fieldmarshall* Von Moltke y la reina Guillermina.

Voy á examinar la *conducta militar* (si pueden tener conducta militar los hombres civiles) de Juárez antes de su salida de la capital de la República, el 31 de Mayo de 1863. Podría muy bien colocarle en la categoría de los presidentes que reinan y no gobiernan, pues sobrarían razones para ello; pero apenas trataré de justificarle mediante tal procedimiento: le miraré siempre como mandatario plenamente responsable y asumiendo la alta dirección de los asuntos de guerra, pero sin admitir que se le haga cargos por nada que no sea esa elevada dirección.

JUAREZ HIZO BIEN EN MANDAR QUE SE DEFENDIERA LA CIUDAD DE PUEBLA.

«Se defiende una plaza para que no sea tomada, dice el señor Bulnes, cuando su ocupación por el enemigo significa un golpe

mortal en la moral de los ejércitos nacionales, como sucede con las capitales de las naciones..... cuando sirve de gran almacén de provisiones de boca y de guerra y cuando en su interior convergen gran número de vías de comunicación con lugares estratégicos á disposición ó empleados por ejércitos activos.....» También debe defenderse una plaza fuerte «para que sea tomada, pero que su defensa sirva para distraer las fuerzas del enemigo ó ganar tiempo para que se puedan organizar otras capaces de combatir militarmente.»

«Si la ciudad de México, observa el mismo autor, hubiera sido tomada en mayo de 1862, las consecuencias hubieran sido terribles.» No sé porqué lo que habría constituido una catástrofe en mayo del 62, dejaría de serlo y hasta se convertiría en una bendición en mayo del 63 ó uno, dos ó tres años más tarde. Al defender á Puebla, Juárez no procuró sino alejar, en lo que podía, la toma de la capital, pues ya se figuraba que este acontecimiento había de traer, como trajo, «consecuencias terribles,» para evitar las cuales valía la pena de impender los mayores sacrificios en hombres y en dinero.

Ya se sabe cual es el procedimiento histórico del señor Bulnes: acepta respecto de los sucesos todas las hipótesis posibles, menos la del extremo que se realizó, y apoyado en esa base demarca escrupulosamente los deberes de hombres de estado, generales, ejército y pueblo. Sistema verdaderamente excepcional, pues equivaldría á que un crítico de arte, teniendo que juzgar un cuadro, resolviera que el pintor debía dedicarse á la poesía lírica, ó que al examinar una novela declarara que el literato debía haber aplicado sus esfuerzos á la filotelia ó á la arquitectura ó al arte de los jardines..... Víctor Hugo decía con mucha razón á uno de sus censores que estaba atacado de la manía del Sr. Bulnes: «júzgueme usted por lo que hice, no por lo que debí haber hecho; si cree el género de poesía que tanto le agrada, superior al que yo practico, póngase á hacer versos; entonces yo le juzgaré y podré decir si ha salido tan airoso al practicar como al predicar.»

Según el Sr. Bulnes, el primer *deber* de Juárez ante la inminencia de la invasión, era evitar la formación de ejércitos y limitarse á levantar guerrillas irregulares que hubieran hostilizado sin descanso al enemigo.

Lo que se imponía como deber imprescindible en mayo del 63, debe de haberlo sido con más razón en mayo del 62. Así, pues,

Zaragoza debió dividir sus seis mil hombres, en diez, doce, veinte ó cien guerrillas, que hubieran hostilizado los flancos ó la retaguardia de los franceses, les hubieran hecho bajas, les hubieran impedido proveerse hasta de lo más indispensable y si era posible hubieran copado los convoyes que aquellos recibieran.

Las guerrillas, que son eficaces para conseguir que el enemigo fraccione sus fuerzas y hasta para alcanzar á privarle de recursos, nada pueden contra un cuerpo de ejército que camina con las precauciones debidas. Así, pues, por grandes que hubieran sido las dificultades de Lorencez durante todo su camino, al subir á las altas mesetas del Anáhuac habría encontrado cuantos recursos ambicionara, y habría podido, sin gran demérito ni fatiga, justificar su dicho de que «era tal la superioridad de raza, de organización, de disciplina, de moralidad y de elevación de sentimientos, (de los franceses respecto de los mejicanos) que á la cabeza de sus seis mil soldados iba á ser el dueño de Méjico.» Y lo que podía afirmarse en mayo del 62, con mayor razón se podía asegurar de junio á octubre del mismo año, en que habían desembarcado ya treinta mil hombres de refuerzos¹ y se contaba con el auxilio de tropas mejicanas, capaces por lo menos, de sufrir la comparación con los efectivos republicanos.

1 G. Niox. *Expédition du Mexique*, pág. 740.—Al citar por primera vez datos tomados de un autor francés, me ocurre deplorar la ligereza con que el Sr. Bulnes acumuló é hizo la crítica del abundante material que tenía á su disposición. En la cuarta parte, capítulo III, páginas 388 y 389 tiene apreciaciones curiosísimas acerca de las opiniones y dirección histórica de la mayor parte de los escritores á quien cita. Dice que Loyseau, Wallon, y Timmerhans, tienen el mismo modo de opinar que Loizillon, cuando es bien sabido que los belgas y el cuartel general francés disintieron constantemente acerca de todos los puntos relativos á organización, dirección y conducción de la campaña. Si algo son los belgas, es fiscales de los franceses y no arrendajos suyos.

Asegura que Niox escribió en 1884, cuando publicó su libro en 1874.

Al abate Domenech le llama panegirista de Maximiliano: Domenech es tan panegirista de Maximiliano como el Sr. Bulnes es panegirista de Juárez. Y no se necesita haber leído los libros del fogoso director de la prensa en el gabinete, para estar seguro de que ha hecho el juicio más sangriento, aunque el más exacto, del emperador y sus cosas; basta conocer cualquiera de los trabajos que se han escrito sobre la intervención, en todos los cuales aparece copiada sin falta la opinión de Domenech, sobre las labores de Maximiliano durante su viaje á América.

Habla de un historiador Marx á quien califica de político y economista. No conozco ni sé que haya otro historiador de ese nombre que Adrien Marx, autor de un librito de sesenta y tantas páginas que lleva el título de *Revelations sur*

Juárez ó sus consejeros obraron, pues, con alta y noble previsión al fortificar á Puebla, pues ya contaban con que no podrían presentar batalla campal á los franceses, y que estos no se atreverían á dejar á retaguardia un punto fortificado tan importante como aquel. Puebla vino á ser el baluarte de la República y el antemuro de la ciudad de Méjico; y en verdad que no puede llamarse torpe la providencia que trajo como resultado impedir que la capital retardara catorce meses su caída en poder de los invasores, y que dio lugar á la formación de las tropas de reserva y del ejército del centro, que fueron la base de la nueva campaña.

Y la prueba que los aprestos y sólo los aprestos de Puebla habían impedido el avance del ejército enemigo, la encontramos en todos los autores franceses. «Allí quedamos por mucho tiempo, atados de piés y manos, en la inacción y en la impotencia. El material destinado al sitio se hallaba todavía en Veracruz y nadie podía predecir la época en que llegaría á las altas mesetas del Anáhuac.... Era tiempo ya, pues una espera mayor habría acabado por desanimar al ejército.»¹

«Nada indicaba que fueran á comenzar pronto las operaciones del sitio de Puebla. Oficiales y soldados se quejaban á la vez de la prolongada espera á que se les sujetaba y que era el lado opuesto de la precipitación temeraria con que había procedido el general de Lorencez. Los tropas que habían formado la brigada de este general ardían en deseos de vengar su descalabro, y las divisiones que habían desembarcado en el mes de octubre.... comenzaban á arrepentirse de su desdén contra los defensores de Orizaba....

la vie intime de Maximilien He registrado muchas veces el tomito y doy mi palabra al señor Bulnes de que no contiene aquél una sílaba sobre política, ni menos sobre economía política. Marx, que nunca estuvo en Méjico, escribió su opúsculo con los datos que le suministraron el pintor Beaucée y otras personas que conocieron al emperador.

Pero el colmo del descuido es incluir entre los historiadores del imperio mejicano á Bazancourt, que no escribió acerca de México más que un opusculillo insignificante en que el señor conde hace á su manera la historia del país hasta los días de la convención de Londres, y en que no se menciona siquiera la ruptura de las conferencias de Orizaba. Querer, pues, encontrar apreciaciones sobre la guerra ó la política mejicanas, en la obra de Bazancourt, es como tratar de aprender de memoria los salmos salomónicos, que el Sr. Bulnes menciona dos ó tres veces en su libro sobre Juárez, ó la FLOR DE UN DÍA, POR CAMPOAMOR, que cita en *Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia*.

¹ Général Du Barail. *Mes souvenirs*, tome deuxième, pág. 388, 389

«Espera tan larga implicaba una confesión de impotencia ante los mejicanos. Y aparte que les concedía tiempo para prepararse y organizar sus operaciones, inflamaba el ánimo de los que nos eran hostiles y descorazonaba á los que con tanto gusto habían aceptado nuestra intervención.»¹

«Todavía estamos en Quecholac, fastidiados por la inactividad. El general en jefe usa de una prudencia que en mi concepto resulta imprudencia: considera á este triste ejército mexicano con los honores debidos á un ejército ruso ó austriaco.»²

«La necesidad de aguardar por más de cinco meses y en condiciones detestables los recursos y materiales que hubiéramos debido encontrar en el punto mismo en que inaugurábamos las operaciones, ejerció una influencia muy perniciosa en la salud y en la moral del soldado, comprometió el prestigio de nuestras armas, reconquistado tan brillantemente en el cerro del Borrego, y, finalmente, gravó al tesoro con un gasto inútil de más de ocho millones. En Méjico, la manutención de cada soldado costaba el doble, poco más ó menos, de lo que hubiera costado en Francia..... Nuestra inacción, en presencia de aquel enemigo tan poco temible, nos molestaba en extremo y era muy severamente interpretada en Francia.»³

Por otra parte, era patente la necesidad de presentar ante los extranjeros invasores un mediano núcleo de ejército, en lo posible bien instruido y organizado y cuya existencia y acción vinieran á demostrar á los que nos motejaban de pueblo salvaje, ingobernable y ajeno á todos los hábitos de cultura y policía, que esas censuras sólo tenían origen en la malquerencia de nuestros enemigos y en la ignorancia de los extraños.

Figurémonos por un momento que Juárez, en 1862, con espíritu profético, hubiera penetrado lo que el Sr. Bulnes había de imponerle como deberes en 1904, y que, conforme con ese dictamen, hubiera dividido las tropas mejicanas en las innúmeras guerrillas que quiere el autor del «Verdadero Juárez.» En primer lugar, no era empresa llana el poner á combatir gente ignorante y colecticia contra tropas perfectamente organizadas y disciplinadas: el incidente del Camarón, en que una sola compañía del regimien-

1 Général Thoumas. *Les français au Mexique*, pág. 135 y 136.

2 Loizillon. *Lettres sur l'expédition du Mexique*, publiés par sa sœur, pág. 38.

3 L'intendant général Wolf. *Mes souvenirs militaires*, págs 255, 297.

to extranjero detuvo por cerca de veinticuatro horas á más de mil mejicanos y les causó trescientas bajas entre muertos y heridos,¹ es buena prueba de que el sistema, por lo menos en los primeros tiempos de la invasión, mientras el ejército no se fraccionara, habría resultado contraproducente é irracional.

Y luego ¿á qué represalias, á qué espantosas venganzas, á qué indescriptibles horrores habría dado lugar la guerra de guerrillas practicada en puridad y con exclusión de cualquiera otra? Si contando con ejércitos regulares y bien organizados, sobrevinieron la ley de 3 de octubre, las cortes marciales y las infamias de los Stoeklin, los Dupin y los Berthelin, ¿qué habría sucedido si nuestras tropas hubieran tomado la iniciativa en el desafuero y en el abuso?

Si en vez de querer Juárez la salvación de la República hubiera maquinado su pérdida, sin duda que habría dispuesto esa atomización de las tropas republicanas: teniendo que optar el país, entre un ejército altivo, duro y desapoderado en casi todos sus procedimientos, pero al fin ejército, y el desorden, la anarquía, la desmoralización y el robo que le opusieran las guerrillas encargadas de defender á la patria, se habría decidido por el ejército, aunque estuviera compuesto de los *vaitres* más espantables. Entre el programa de Forey y el programa de Rojas, no había vacilación posible.

Si el Sr. Bulnes quiere formarse una idea exacta de lo que eran las guerrillas y de cómo se las miraba en las poblaciones, lea el libro de D. Ireneo Paz, «Algunas Campañas,» en que se describe esa época espantosa con los colores de la realidad.

Un anciano, que en los principios del 63 era mozo y emigró á los Estados Unidos para trabajar allá en defensa de la causa republicana, me ha referido los tártagos y sustos que le ocasionaron á su vuelta..... ¿los franceses? ¿los afrancesados? No, pura y simplemente, las fieras republicanas que merodeaban en el sur de Jalisco.

Rojas había prometido fusilar, mirándoles como traidores, á los juaristas que no tomaron las armas, y cuando mi informante y sus amigos, hombres de pluma, desembarcaron en Manzanillo y avanzaron hacia el interior del país, experimentaron varias curiosas impresiones: sentirse confortados al ver un puesto francés, alegrarse al saber que no andaban guerrillas por los lugares que te-

1 G. Niox. Op. cit. págs. 297 á 300.

nían que recorrer, y alzar las manos al cielo al percatarse de que el paladín republicano, el guerrillero ideal, el hombre á quien el Sr. Bulnes habría quizá confiado la defensa del territorio, Rojas, en fin, había sido muerto en una refriega con los franceses.

El valer estratégico de Puebla no ha sido nunca contradicho. Situada cerca del río Atoyac, á 139 kilómetros de la capital por la antigua carretera de Río Frío, centro de una comarca agrícola riquísima, rodeada de lugares grandes y bien provistos y habitada por una numerosa, selecta y culta población, justifica de sobra el parecer de D. Manuel Gómez Pedraza: «este Estado, por su situación topográfica y su importancia real, ha ejercido y ejercerá siempre una influencia decisiva en la suerte de la nación»¹

En su famosa carta al general Forey, decía Napoleón III (á quien el Sr. Bulnes califica de político y estratégico nunca visto) lo siguiente, que es la condenación más palpable de las ideas de nuestro autor.² «Recomiendo al general Forey no se limite á tener una sola línea de operaciones. Puede juzgar conveniente despejar el camino de Jalapa; pero en su lugar yo no lo haría sino hasta *después de llegar á Puebla*. Porque entonces, dueño de Veracruz, de Orizaba y de Puebla, permanecería en esta última ciudad y de ella enviaría una columna sobre Jalapa, lo cual abriría los dos grandes caminos que conducen á Veracruz. . . . Cuando Puebla haya caído ya en nuestro poder, *tiene que convertirse en nuestro gran depósito y en centro para adquirir provisiones y establecer hospitales*. . . . Muy esencial sería un camino de hierro de Veracruz á la falda de las montañas; ya me dirijo al cónsul de Francia en Nueva York para saber en qué condiciones podría tenderle un empresario americano.»

Por último, un oficial extranjero nos da la clave del afán que por defender á Puebla mostró el gobierno republicano: «Puebla fué siempre la capital reaccionaria y clerical de Méjico; se la llamaba Puebla de los Angeles y en verdad que no había usurpado el nombre. Por eso el gobierno liberal mostraba doble interés en prolongar la resistencia: por una parte, probaba que el partido disidente estaba obligado á luchar á su lado y contra el invasor, y por otra, destruía de arriba abajo la ciudadela de sus adversarios políticos, castigándoles por su tenaz oposición.»³

1 Manifiesto de D. Manuel Gómez Pedraza, publicado en Nueva-York.

2 Niox. Op. cit. pág. 216.

3 Général Du Barail Op. cit. pág. 428.

EL SEÑOR BULNES Y LA BATALLA DEL 5 DE MAYO.

El sistema del Sr. Bulnes es por extremo curioso: siempre que hay algo malo que decir del gobierno republicano (y siempre hay mucho malo que decir del gobierno republicano, según el Sr. Bulnes) la culpa es de Juárez, así se trate de táctica, de poliorcética, de balística, de fortificación permanente ó pasajera ó de alguna de las innumerables disciplinas que, según el moderno historiador, tenía don Benito necesidad de conocer por sus puntos. Pero cuando hay algo bueno que notar (y también se da el caso dos ó tres veces en el libro) entonces no es Juárez el autor de la providencia favorable ó de la previsión confirmada ó del suceso que se realizó conforme á planes bien calculados; entonces el autor es otro, ya sea hombre, institución ó fuerza de la naturaleza.

Así, quien ocasionó el llamado desastre de Puebla fué Juárez, mas el autor de la salvación de Méjico, en mayo del 62, fue el general Zaragoza, que se manejó con suma habilidad y prudencia, que emprendió una habilísima retirada y que al defenderse en Puebla evitó la caída de la capital.

Sin embargo no ha sido siempre el mismo el parecer del Sr. Bulnes acerca de Zaragoza. En otro de sus libros¹ censura acremente al vencedor del 5 de mayo porque no tomó la ofensiva cuando huía desorganizado el enemigo, y cuando el general Lorencez había colocado su artillería tan torpemente que hubiera podido salir un kilómetro de las trincheras la infantería mejicana sin encontrar la zona arrasada por la metralla. Le atribuye el error que cometió Bazaine en la batalla de Saint-Privat; le acusa de haberse desmoralizado y le reprocha duramente no haber tomado la ofensiva, como la tomaron los mejicanos en la Angostura, batalla, según el historiador-poeta, fina, elegante, artística y no sé si también sabrosa y bien hablada.

Voy á demostrar al Sr. Bulnes que el 5 de mayo, tanto en el lado francés como en el mejicano, pasaron las cosas tal como debían haber pasado, dadas las sendas situaciones de los combatien-

1 «El Porvenir de las Naciones Hispano-Americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos,» por el Ingeniero Francisco Bulnes, pág. 143.

nían que recorrer, y alzar las manos al cielo al percatarse de que el paladín republicano, el guerrillero ideal, el hombre á quien el Sr. Bulnes habría quizá confiado la defensa del territorio, Rojas, en fin, había sido muerto en una refriega con los franceses.

El valer estratégico de Puebla no ha sido nunca contradicho. Situada cerca del río Atoyac, á 139 kilómetros de la capital por la antigua carretera de Río Frío, centro de una comarca agrícola riquísima, rodeada de lugares grandes y bien provistos y habitada por una numerosa, selecta y culta población, justifica de sobra el parecer de D. Manuel Gómez Pedraza: «este Estado, por su situación topográfica y su importancia real, ha ejercido y ejercerá siempre una influencia decisiva en la suerte de la nación»¹

En su famosa carta al general Forey, decía Napoleón III (á quien el Sr. Bulnes califica de político y estratégico nunca visto) lo siguiente, que es la condenación más palpable de las ideas de nuestro autor.² «Recomiendo al general Forey no se limite á tener una sola línea de operaciones. Puede juzgar conveniente despejar el camino de Jalapa; pero en su lugar yo no lo haría sino hasta *después de llegar á Puebla*. Porque entonces, dueño de Veracruz, de Orizaba y de Puebla, permanecería en esta última ciudad y de ella enviaría una columna sobre Jalapa, lo cual abriría los dos grandes caminos que conducen á Veracruz. . . . Cuando Puebla haya caído ya en nuestro poder, *tiene que convertirse en nuestro gran depósito y en centro para adquirir provisiones y establecer hospitales*. . . . Muy esencial sería un camino de hierro de Veracruz á la falda de las montañas; ya me dirijo al cónsul de Francia en Nueva York para saber en qué condiciones podría tenderle un empresario americano.»

Por último, un oficial extranjero nos da la clave del afán que por defender á Puebla mostró el gobierno republicano: «Puebla fué siempre la capital reaccionaria y clerical de Méjico; se la llamaba Puebla de los Angeles y en verdad que no había usurpado el nombre. Por eso el gobierno liberal mostraba doble interés en prolongar la resistencia: por una parte, probaba que el partido disidente estaba obligado á luchar á su lado y contra el invasor, y por otra, destruía de arriba abajo la ciudadela de sus adversarios políticos, castigándoles por su tenaz oposición.»³

1 Manifiesto de D. Manuel Gómez Pedraza, publicado en Nueva-York.

2 Niox. Op. cit. pág. 216.

3 Général Du Barail Op. cit. pág. 428.

EL SEÑOR BULNES Y LA BATALLA DEL 5 DE MAYO.

El sistema del Sr. Bulnes es por extremo curioso: siempre que hay algo malo que decir del gobierno republicano (y siempre hay mucho malo que decir del gobierno republicano, según el Sr. Bulnes) la culpa es de Juárez, así se trate de táctica, de poliorcética, de balística, de fortificación permanente ó pasajera ó de alguna de las innumerables disciplinas que, según el moderno historiador, tenía don Benito necesidad de conocer por sus puntos. Pero cuando hay algo bueno que notar (y también se da el caso dos ó tres veces en el libro) entonces no es Juárez el autor de la providencia favorable ó de la previsión confirmada ó del suceso que se realizó conforme á planes bien calculados; entonces el autor es otro, ya sea hombre, institución ó fuerza de la naturaleza.

Así quien ocasionó el llamado desastre de Puebla fué Juárez, mas el autor de la salvación de Méjico, en mayo del 62, fue el general Zaragoza, que se manejó con suma habilidad y prudencia, que emprendió una habilísima retirada y que al defenderse en Puebla evitó la caída de la capital.

Sin embargo no ha sido siempre el mismo el parecer del Sr. Bulnes acerca de Zaragoza. En otro de sus libros¹ censura acremente al vencedor del 5 de mayo porque no tomó la ofensiva cuando huía desorganizado el enemigo, y cuando el general Lorencez había colocado su artillería tan torpemente que hubiera podido salir un kilómetro de las trincheras la infantería mejicana sin encontrar la zona arrasada por la metralla. Le atribuye el error que cometió Bazaine en la batalla de Saint-Privat; le acusa de haberse desmoralizado y le reprocha duramente no haber tomado la ofensiva, como la tomaron los mejicanos en la Angostura, batalla, según el historiador-poeta, fina, elegante, artística y no sé si también sabrosa y bien hablada.

Voy á demostrar al Sr. Bulnes que el 5 de mayo, tanto en el lado francés como en el mejicano, pasaron las cosas tal como debían haber pasado, dadas las sendas situaciones de los combatien-

1 «El Porvenir de las Naciones Hispano-Americanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos,» por el Ingeniero Francisco Bulnes, pág. 143.

manifestaba enterado de lo que el gobierno había dispuesto sobre recursos, y aunque le avisaban que dentro de dos horas le entregarían \$30,000, á las nueve de la noche no había recibido más que \$16,000, y completaba los 30 hasta la mañana del diez, cuando el enemigo, repuesto de su pánico momentáneo, pernoctaba en Quecholac y avanzaba camino de Orizaba sin temer nada de los nuestros.

¡Y cuando Zaragoza, no cuenta con gente, ni con trenes, ni con recursos, ni siquiera con rancho para sus sufridas tropas le exige el Sr. Bulnes que salga á batir á campo raso á un enemigo valiente, instruído, rápido en sus movimientos, deseoso de vengar un descalabro que creía obra de la casualidad, y disciplinado y bien provisto como no lo estuvo jamás el mexicano!

Me dirá el Sr. Bulnes: «pero Zaragoza pudo haber vivido sobre el país, impuesto préstamos, inventado contribuciones y aprovechándose de la buena voluntad de la población.»

Esas cosas se logran cuando las ciudades son amigas ó indiferentes; nunca cuando son enemigas: las mayores exacciones, los actos más horribles de tiranía, no alcanzan nada cuando tropiezan los ejecutantes con la sordidez y el espíritu hostil de los vecinos. Ya lo anunciaba así el jefe del ejército de Oriente: «En cuanto al dinero nada se puede hacer aquí, porque esta gente es mala y sobre todo muy indolente y egoísta. . . . ¡Que bueno sería quemar á Puebla! Está de luto por el acontecimiento del día 5. Es triste decirlo, pero es una realidad lamentable»³

«Según he podido ver en un informe que manda á su gobierno el cónsul de Prusia, en Puebla, la ciudad estaba consternada al día siguiente de nuestro fracaso, y triste y silenciosa, se hallaba muy distante de participar de la satisfacción de las tropas mejicanas. Por cartas procedentes de Puebla, sé que se ha fusilado á más de diez personas á fin de intimidar á quien quisiera, como ellas lo intentaron, hacer demostraciones en favor nuestro.»

1 Telegrama de Zaragoza en *Batalla del 5 de Mayo de 1862*, págs. 13, 14 y 15.

2 Apenas el 15 de Mayo anunciaba el Ministro la pronta salida de víveres y provisiones.

3 Zaragoza al Ministro: *Batalla del 5 de Mayo en Puebla*, pág. 13.

4 Napoleón III á Forey. En *Niox*, op cit, pág. 213.

¡Desgraciado país si hubiera confiado su suerte al Sr. Bulnes! Primero le ordena que para defenderse no levante ejércitos; luego le determina que, en el caso inverosímil de que llegue á formar tropas regulares, no consienta ningún jefe que

JUAREZ, ORGANIZADOR.

Figúraseme el entendimiento del Sr. Bulnes, á esas cohortes de criados que rodean á los déspotas orientales: uno le lleva la capa, otro le mulle los cogines, un tercero le enciende la pipa y un cuarto le sirve el café; pero ni por todo el oro del mundo el comisionado para cargar el narghilé, se decidirá á vestir al soberano ó á llevarle en el palanquín. Así nuestro autor: suele apreciar bien los detalles, hacer descubrimientos atinados, discurrir correcta y sutilmente, pero á la hora de considerar los conjuntos, los árboles le impiden ver el bosque y empieza á contemplar todo por fracciones, como si su catalejo histórico fuera de esos telescopios minúsculos que necesitan se les varíe la orientación á cada vez que se trata de observar una pulgada de cielo.

Por esa deficiencia suya, el Sr Bulnes incurre en un sofisma curioso en todo su libro, y es el dividir, el seccionar, el partir en innúmeras fracciones la personalidad de Juárez. Le juzga por su actitud ante la intervención y el imperio, y cree que ya conoce y ha dado á conocer, al indezuelo desvalido, al estudiante aplicado, al catedrático, al gobernador, al diputado, al ministro, al autor de las leyes de reforma, al cabeza de partido victorioso, al presidente que batalla con la rapacidad de los agentes

las rija. En 1900 (*Porvenir de las Naciones hispano americanas*, pág. 143) mandaba el Sr. Bulnes sujetar á consejo de guerra á Zaragoza porque no había acabado con los franceses obligando á sus soldados á combatir á aquellos sin elementos de guerra, sin dinero y sin rancho. En 1904 envía ante otro consejo de guerra (*Verdadero Juárez*, pág. 161) á Gonzalez Ortega por el fracaso del Borrego.

De este modo, mandando generales al consistorio y al patíbulo, no habría tardado el Sr. Bulnes en dar cuenta de la defensa nacional: al que triunfara se le haría á un lado porque no había volatilizado al enemigo reduciéndole á gases impalpables; al que perdiera se le mataría porque no había sabido ganar. ¡Medrados habrían estado Juárez y sus amigos si se hubieran echado un consultor como el Sr. Bulnes!

Una curiosidad: ¿dónde aprendería el Sr. Bulnes eso de que en Roma los cónsules vencidos se suicidaban ó eran muertos por la plebe? No sé que se hayan hecho tales justicias con Flaminio, ni con Scipión, ni con Marcelo, y sí recuerdo que cuando el cónsul Varrón fué vencido en Cannas, los magistrados salieron á recibirle y á darle las gracias porque no había desesperado de la salvación de la patria. Tendría deseo de conocer los nombres de los generales linchados en Roma, en la época de la república.

manifestaba enterado de lo que el gobierno había dispuesto sobre recursos, y aunque le avisaban que dentro de dos horas le entregarían \$30,000, á las nueve de la noche no había recibido más que \$16,000, y completaba los 30 hasta la mañana del diez, cuando el enemigo, repuesto de su pánico momentáneo, pernoctaba en Quecholac y avanzaba camino de Orizaba sin temer nada de los nuestros.

¡Y cuando Zaragoza, no cuenta con gente, ni con trenes, ni con recursos, ni siquiera con rancho para sus sufridas tropas le exige el Sr. Bulnes que salga á batir á campo raso á un enemigo valiente, instruído, rápido en sus movimientos, deseoso de vengar un descalabro que creía obra de la casualidad, y disciplinado y bien provisto como no lo estuvo jamás el mexicano!

Me dirá el Sr. Bulnes: «pero Zaragoza pudo haber vivido sobre el país, impuesto préstamos, inventado contribuciones y aprovechándose de la buena voluntad de la población.»

Esas cosas se logran cuando las ciudades son amigas ó indiferentes; nunca cuando son enemigas: las mayores exacciones, los actos más horribles de tiranía, no alcanzan nada cuando tropiezan los ejecutantes con la sordidez y el espíritu hostil de los vecinos. Ya lo anunciaba así el jefe del ejército de Oriente: «En cuanto al dinero nada se puede hacer aquí, porque esta gente es mala y sobre todo muy indolente y egoísta. . . . ¡Que bueno sería quemar á Puebla! Está de luto por el acontecimiento del día 5. Es triste decirlo, pero es una realidad lamentable»³

«Según he podido ver en un informe que manda á su gobierno el cónsul de Prusia, en Puebla, la ciudad estaba consternada al día siguiente de nuestro fracaso, y triste y silenciosa, se hallaba muy distante de participar de la satisfacción de las tropas mejicanas. Por cartas procedentes de Puebla, sé que se ha fusilado á más de diez personas á fin de intimidar á quien quisiera, como ellas lo intentaron, hacer demostraciones en favor nuestro.»

1 Telegrama de Zaragoza en *Batalla del 5 de Mayo de 1862*, págs. 13, 14 y 15.

2 Apenas el 15 de Mayo anunciaba el Ministro la pronta salida de víveres y provisiones.

3 Zaragoza al Ministro: *Batalla del 5 de Mayo en Puebla*, pág. 13.

4 Napoleón III á Forey. En *Niox*, op cit, pág. 213.

¡Desgraciado país si hubiera confiado su suerte al Sr. Bulnes! Primero le ordena que para defenderse no levante ejércitos; luego le determina que, en el caso inverosímil de que llegue á formar tropas regulares, no consienta ningún jefe que

JUAREZ, ORGANIZADOR.

Figúraseme el entendimiento del Sr. Bulnes, á esas cohortes de criados que rodean á los déspotas orientales: uno le lleva la capa, otro le mulle los cogines, un tercero le enciende la pipa y un cuarto le sirve el café; pero ni por todo el oro del mundo el comisionado para cargar el narghilé, se decidirá á vestir al soberano ó á llevarle en el palanquín. Así nuestro autor: suele apreciar bien los detalles, hacer descubrimientos atinados, discurrir correcta y sutilmente, pero á la hora de considerar los conjuntos, los árboles le impiden ver el bosque y empieza á contemplar todo por fracciones, como si su catalejo histórico fuera de esos telescopios minúsculos que necesitan se les varíe la orientación á cada vez que se trata de observar una pulgada de cielo.

Por esa deficiencia suya, el Sr Bulnes incurre en un sofisma curioso en todo su libro, y es el dividir, el seccionar, el partir en innúmeras fracciones la personalidad de Juárez. Le juzga por su actitud ante la intervención y el imperio, y cree que ya conoce y ha dado á conocer, al indezuelo desvalido, al estudiante aplicado, al catedrático, al gobernador, al diputado, al ministro, al autor de las leyes de reforma, al cabeza de partido victorioso, al presidente que batalla con la rapacidad de los agentes

las rija. En 1900 (*Porvenir de las Naciones hispano americanas*, pág. 143) mandaba el Sr. Bulnes sujetar á consejo de guerra á Zaragoza porque no había acabado con los franceses obligando á sus soldados á combatir á aquellos sin elementos de guerra, sin dinero y sin rancho. En 1904 envía ante otro consejo de guerra (*Verdadero Juárez*, pág. 161) á Gonzalez Ortega por el fracaso del Borrego.

De este modo, mandando generales al consistorio y al patíbulo, no habría tardado el Sr. Bulnes en dar cuenta de la defensa nacional: al que triunfara se le haría á un lado porque no había volatilizado al enemigo reduciéndole á gases impalpables; al que perdiera se le mataría porque no había sabido ganar. ¡Medrados habrían estado Juárez y sus amigos si se hubieran echado un consultor como el Sr. Bulnes!

Una curiosidad: ¿dónde aprendería el Sr. Bulnes eso de que en Roma los cónsules vencidos se suicidaban ó eran muertos por la plebe? No sé que se hayan hecho tales justicias con Flaminio, ni con Scipión, ni con Marcelo, y sí recuerdo que cuando el cónsul Varrón fué vencido en Cannas, los magistrados salieron á recibirle y á darle las gracias porque no había desesperado de la salvación de la patria. Tendría deseo de conocer los nombres de los generales linchados en Roma, en la época de la república.

diplomáticos, y al jefe de estado que trata de rechazar al francés. Y hace mal, pues sólo la reunión de estos individuos forma el *Verdadero Juárez*, que hay que estudiar, disecar, analizar y mostrar á admiración ó á la censura de las gentes. Pero el Sr. Bulnes no se limita á dividir, sino que subdivide, separa, disgrega y fracciona, sin que llegue nadie á encontrar razón ninguna para esa serie de desmenuzamientos.

Nada menos la acción militar en la campaña la considera en dos partes distintas: desde el desembarco de los aliados hasta la rendición de Puebla, y desde la rendición de Puebla hasta la de Querétaro. ¿Por qué? Porque en su concepto la responsabilidad de la segunda parte de la campaña correspondió exclusivamente á los generales Díaz y Escobedo, que formaron dos grandes mandos independientes en el Norte y en el Oriente.

Nada puede haber más falto de fundamento que tal aserción. Si tomamos el dicho del Sr. Bulnes al pié de la letra, como debemos tomarle, resultan dos cosas igualmente inadmisibles: que el día 1º de junio de 1863 aparecieron armados y listos ya para entrar en combate, los ejércitos del Norte y del Oriente, y que Díaz y Escobedo no volvieron á tener comunicación con Juárez ni á tomar órdenes suyas; y sin embargo, la dilatada y laboriosa gestación de los dos cuerpos de tropas no dejó sin jefe á la campaña, ni Díaz en el Oriente, ni Escobedo en el Norte, ni Corona en Sinaloa, ni Régules en Michoacán, llegaron ya no á desconocer la autoridad de Juárez, pero ni aun á obrar independientemente de sus determinaciones. La comunicación era difícil (tenía que hacerse por medio del ministro mexicano en Washington), complicada la ejecución de las órdenes, dilatado y penoso todo el servicio, y sin embargo, Juárez era obedecido sin réplica en lo que atañía en la dirección suprema de los asuntos militares.

Así, pues, no es posible poner frente á frente al primero y al segundo Juárez, á Juárez antes del 63 y á Juárez después del 63: Juárez, director de la campaña anti-intervencionista, es uno y el mismo, y si se hace comparaciones entre la defensa que dirigió y la que encabezó Santa Anna, el parangón tiene que ser integral y no fraccionado, tomándose en cuenta todas las circunstancias que precedieron y acompañaron á los sucesos y no solamente algunas de ellas.

Pero suponiendo que tuviéramos ahora que dividir á la fuerza la personalidad de Juárez, yo sostengo que la etapa en que es ver-

daderamente responsable, empieza después de su salida de la capital.

«El jacobinismo se caracteriza por su odio á todo poder ejecutivo personal. «La constitución de 1857 es magníficamente jacobina porque no considera al Ejecutivo como verdadero poder.» «El ideal jacobino consiste en que el poder Ejecutivo sea esclavo fugaz y deleznable de una asamblea omnipotente.¹»

El Sr. Bulnes ha llamado al cuarto congreso la mayor calamidad que pudo haberse desencadenado sobre la república: yo me aparté de tal opinión, pues si ese congreso impidió á Juárez gobernar bien, el tercero puso en peligro la existencia misma de la nación por su prurito de fabricar un «Ejecutivo esclavo fugaz y deleznable de una asamblea omnipotente.»

Si Riva Palacio y D. Ignacio Ramírez, no hubieran demostrado con diferentes actos suyos que de veras amaban á su patria, qué duros comentarios podrían hacerse de su conducta en la Cámara, cuando vociferaban desde la tribuna, con aire de Sparafuciles, que no le importaba á Mejico la agresión de tres naciones; que podían venir juntas ó separadas todas las del orbe y ni aun así nos sentiríamos apurados . . .

Cada petición de facultades extraordinarias provocaba una inmensa agitación en el congreso: se pronunciaban discursos incendiarios; salían á relucir Solón, Marco Antonio, Fabio Cunctator, Valerio Máximo y toda la vieja utilería greco-romana que hoy (ya flácida y deslucida) se exhibe apenas los 16 de septiembre en pueblos de quinto orden.

El Sr. de Zamacona² que por una rara anomalía se declara ministerial decidido, pronuncia un discurso en defensa de la constitución, preguntando si solo es buena en los primeros días del triunfo del partido liberal, cuando se baila en los saraos y se brinda en los festines; y cree que es deber del congreso demostrar con la práctica que *la constitución puede observarse en los días serenos lo mismo que en los borrascosos*; que conforme á ella pueden emplearse las facultades del gobierno, en cuanto sea necesario y que

1 Francisco Bulnes. Contestación á los impugnadores de su discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, el 21 de Junio de 1903.

2 Estas citas están tomadas del *Diario de los Debates del Congreso de la Unión* correspondiente á las sesiones de diciembre del 61, mayo del 62, y mayo del 63.

es falso el cargo que se hace sin cesar á los constituyentes del 57, pues hay en el código fundamental artículos muy aplicables á la situación actual de la república.» ¡Pobre gobierno aquél en que sus campeonos tienen semejantes ideas!

La prórroga de las facultades en mayo del 62 tropezó con mayores obstáculos. Cuando los soldados de Zaragoza, débiles y desahogados, se batían en Acultzingo y corrían, mediante una admirable retirada, á encerrarse en Puebla, los legisladores no pensaban sino en su Montesquieu, en su Raynal y en su Benjamín Constant, haciendo disertaciones sentimentales, metafísicas y mazacotudas, sobre la división de poderes, sobre los peligros de la dictadura y sobre el puñal que Bruto llevaba escondido para hundirle en el corazón de quien aspirara á la tiranía . . . Y en esta indigna farsa sólo había un hombre que sufriera lo indecible: Juárez;— Juárez, que á semejanza de aquél actor bizantino que veía llegar por el mar la flota que había de destruir la ciudad en que habitaba, hacía un ademán de suprema desesperación, que los espectadores (ignorantes del peligro, porque estaban colocados de espaldas al puerto) tomaban por un gesto de arte supremo

Todo era execrar al tirano, hablar de la constitución y de la ley. El C. Ruiz (Joaquín) calificaba el decreto de anticonstitucional, de contrario á los artículos 29 y 50 de la ley fundamental. No debía investirse á nadie de una autoridad despótica é ilimitada

El C. Ruiz (Manuel) declaraba que había principios que debían mantenerse inalterables, que el congreso no puede delegar el poder legislativo, porque esto es hacer que la nación abdique su soberanía; (sic) que lo que se proponía era lo mismo que criar una dictadura más terrible que cuantas conocieron los romanos y que cuantas habían pesado sobre Méjico en sus tiempos peores: que era proclamar la impotencia de las instituciones y adherirse al artículo 39 del plan de Almonte. El C. Talancón no pronunció discurso, pero presentó un voto particular que puede arder en un candil: «El amor vehemente, escribe, que tengo á las instituciones que nos rigen y el deseo de que se mantengan incólumes sin perder su prestigio; el horror que me inspira la dictadura, aunque sea ejercida momentáneamente, y por último LA INOPORTUNIDAD CON QUE SE PIDEN LAS FACULTADES EXTRAORDINARIAS HALLÁNDOSE REUNIDO EL CONGRESO. . . . me obliga á votar contra el gobierno.»

Fué menester que D. Juan Antonio de la Fuente, Secretario de Relaciones y de Gobernación, declarara que el ministerio hacía

negocio de gabinete aquél importantísimo asunto, para que pudiera pasar sin más dificultades.

Pero cuando vino no la indignación, sino el desconcierto, fué en los días de la caída de Puebla, al pedir el gobierno la prórroga de las facultades. Es cierto que Zamacona, Zarco y Pérez, se adhirieron al parecer del ministerio, mas la oposición fué tal, que, según un periódico de la época, se pronunciaron treinta y nueve discursos en contra, siete en pro, hubo dos votos particulares, las discusiones duraron diez y siete días y la última concluyó á las tres de la madrugada, después de tres enormes oraciones de Zarco, Zamacona y de la Fuente—una por barba.

La mayoría de la comisión, que estaba representada por los Sres. Olaguibel, Bautista, Buenrostro, Fernández, y Ortíz decía esto en su dictamen: «Así, pues, bajo esto precedente y teniendo á la vista el código fundamental, único que debía normar nuestros procedimientos, encontramos que ese mismo código, en su artículo 29, previó el caso de invasión y perturbación de la paz pública, en que se encuentra la nación, y los recursos que adoptó á este propósito bastan para la salvación del país, sin que tengamos que continuar por la extraviada senda que se ha seguido.» Concluía la comisión proponiendo un temperamento medio; pero ni aun semejante cosa se adoptó. En la sesión del 15 de mayo, el C. Galindo habló contra el dictamen por juzgarle restrictivo; en la del 16, el C. Ramírez (Ignacio) llevó la voz de la oposición, declarándose en contra de las facultades extraordinarias y pronunciando un bellissimo discurso; mientras que el austero Talancón formaba rancho aparte y hacía saber *urbi et orbi* que estaba contra todos cuantos quisieran contemporizar con el gobierno.

Reprobado el dictamen se pasó á deliberar sobre el de la minoría, que fué atacado acremente por Ramírez, Ruiz, Marroquí, Gardet y Galindo: las votaciones quedaban en favor del gobierno por mayorías de diez y quince diputados. Durante esta discusión se presentó el voto particular de Mucharraz, que sería el padrón de ignominia de ese insignificante, si no fuera el programa neto y claro del más desafortado jacobinismo: «UN GABINETE, decía el pobre señor, EN EL APOGEO DE SU JUSTIFICACIÓN, NO PUEDE OFRECER MAYORES GARANTÍAS QUE UN CONGRESO, CUERPO COLEGIAL, DEPOSITARIO DE LA CONFIANZA DE TODA LA NACIÓN. . . .»

Mas suponiendo que Juárez no hubiera luchado con un parla-

mento hostil (obstáculo que no tuvo el dictador Santa-Anna) habría llevado en contra dos elementos verdaderamente abrumadores: el agotamiento del país por la guerra recién transcurrida y la enemiga del clero y del partido conservador.

Desde 1859¹ exponía así la situación el general Marquez y cuenta que con los tres años transcurridos, lejos de mejorarse el cariz de las cosas, había empeorado por la continuación de la guerra: «La agricultura no existe... porque la devastación, el pillaje y el incendio han hecho desaparecer no sólo los giros, no sólo los negocios mejor sistemados, sino hasta lo material de las fincas rústicas. Por la misma razón no existe la minería... La industria fabril desaparece por falta de consumidores que hagan el comercio, y este se encuentra en una absoluta parálisis, supuesto que ningunas garantías se tienen para recorrer los caminos públicos, ni siquiera para mantener una correspondencia seguida con población alguna, aun de las muy inmediatas... Esto ha cegado todas las fuentes de riqueza pública, hasta el grado de que la sociedad presenta ya un cuadro de verdadera miseria y amenaza con un porvenir preñado de funestidades sin cuento. El sistema de hacienda no se plantea sino en la capital y los suburbios, resultando de aquí que el erario público está completamente exhausto, y para hacer ingresar á el pequenísimas sumas, es indispensable hostilizar á todas las clases, que demandan á gritos un respiro, y que con una oposición puramente negativa, hacen, sin pensarlo tal vez, una guerra sorda, pero terrible á la buena causa... Ha llegado la vez de no poder contar con la subsistencia del día presente y menos proveer para la de mañana. *La clase de tropa apenas está socorrida uno que otro día*, y frecuentes son aquellos en que los señores jefes de los cuerpos, sin pan para sus soldados, tienen la precisión de comprometer su crédito personal... para proporcionarles un mezquino alimento. Los señores jefes y oficiales, en meses anteriores, *recibían una mitad ó una cuarta parte de su haber; hoy ni esto reciben*; y sin embargo, han emprendido repetidas marchas, *algunos casi descalzos, muchos á pie y todos con hambre*; sujetos á privaciones que hacían insoportables las fatigas de la más insignificante campaña...»

Y la prueba de que la situación seguía siendo la misma en 1862,

¹ Exposición de Márquez á Miramón, acerca de las causas porque disponía de una conducta de caudales. En Cambre, *La Guerra de tres años*, págs. 320 y sigs.

la hallamos en los franceses que estaban en Méjico por esos días: «Ayer llegó el ejército de Márquez,¹ que llevaremos en nuestra compañía hasta Perote. ¡A esto le llaman ejército regular! Cuando uno le ve se pregunta qué significado tiene la palabra irregular. Este agregado de canallas harapientos se halla á nuestro sueldo. ¡Lucidos estamos con semejantes aliados!»

«Cuanto hasta ahora hemos visto de Méjico, es muy triste: bajo el aspecto material, una miseria profunda; y, sin embargo, atravesamos un país todavía no devastado por la guerra. Bajo el aspecto moral, el robo y el asesinato organizados. Basta con cinco ó seis individuos para hacer temblar á una población de dos ó tres mil almas. Las leyes resultan impotentes para reprimir semejantes monstruosidades..... En este país todo el mundo tiene ya la costumbre de considerar natural que le roben.»²

«El espectáculo que Méjico presenta en todos cuantos puntos hemos recorrido, es el de una inmensa tristeza. Por todas partes, ruinas, ladrones y un pueblo cobarde y sin vigor, que se deja dominar por un puñado de tunantes. Bastan cinco ó seis guerrilleros para extorsionar, robar, incendiar y hacer temblar á una población de mil doscientas á mil quinientas almas. Por eso las gentes que habitan en los lugares por donde pasamos, se abstienen de prestarnos auxilio, temerosas de proporcionar pretexto á los guerrilleros para que acaben con ellas luego de nuestra partida.»³

«Es imposible⁴ llegar á figurarse nada más heterogéneo ni más raro que esta colección de astrosos, que tratada con mucha consideración apenas podía ser vista como una guerrilla derrotada.... Nuestros zuavos se acercaron á los infelices que habían quedado á la entrada del lugar, y chapurrando español, no tardaron en enterarse del motivo oculto de la desertión: *falta de sueldo y de comida* era lo que explicaba la presencia de Gálvez en el campo francés. Por lo demás, el rostro pálido y las mejillas sumidas de los hombres y el estado diáfano de sus caballos, eran otras tantas pruebas de que la vigilia y el ayuno formaban desde hacía tiempo el régimen ordinario de estas pobres gentes.

«Causaron lástima á los zuavos, que, á fuer de excelentes mu-

¹ Loizillon, op cit. pág. 16.

² Loizillon op. cit. pág. 19.

³ Loizillon op cit. pág. 46.

⁴ Prince Bibesco, op cit págs. 108 y 109.

chachos, sacaron sus provisiones y las compartieron con sus enemigos de la víspera; cuando llegó la orden de que entraran á la población estaban *cuartillo* en mano, empapando trozos de pan blanco en una excelente mezcla de café con refino. ¡Qué desazón que les arrancaran de semejante regalo!

«Por fin entró la tropa y comenzó el desfile, que por cierto no fué largo; pero no habríamos cambiado la más lucida revista en el Campo de Marte por el espectáculo de estos hombres vestidos con anchas pantalonerías abiertas y hechas girones, con chaquetas de gamusa peladas y llenas de agujeros, que muchos tapaban al desgaire con zarapes multicolores, tocados con sombreros de enormes alas y armados—sin sentirse molestos por ello—con pesadas lanzas sin hierro ó con detestables mosquetes. Los ginetes de Gálvez desfilaron *fiestamente*, montados en sus caballos trasijados y seguidos por las mujeres y los bagajes, que constituían la retaguardia.»

Y si así andaban los *Macabeos*, los guerreros de Dios, los que recibían la *plata vieja* de las iglesias (sin que se les escatimara la nueva) ¿que pasaría con los infelices partidarios del *gobierno metafísico*, de la *legalidad trashumante*, de los *mendigos de Veracruz*? Apenas hay necesidad de decirlo.

El triunfo había acabado con las fuerzas de liberales y conservadores, y mientras estos organizaban apenas guerrillas de latrofaciosos que no tenían orden, ni bandera, ni plan conocidos, los otros se veían en todos los apuros del mundo para castigar á los asesinos de Degollado, de Ocampo y de Valle, y para pacificar medianamente el territorio en que el gobierno ejercía jurisdicción inmediata, pues á menudo venían las gavillas á tirotear los alrededores de la misma capital. En la batalla de Jalatlaco, que fué casi decisiva, no intervinieron siquiera seis mil hombres de los dos bandos; y sin embargo, el gobierno tuvo que hacer grandes sacrificios para levantar los 2,500 soldados que envió á las órdenes de Ortega, y los conservadores se sintieron enteramente desanimados después del golpe.

La causa de ese agotamiento no era un secreto para quienes estaban al corriente de la historia del país: desde el año 48 la había indicado el Sr. Gómez Pedraza en un discurso famoso.¹

1. Discurso pronunciado por D. Manuel Gómez Pedraza, en la Cámara de Senadores y en favor de la paz con Norte América. Citado por Pimentel. Obras, tomo V pág. 473.

«Las naciones que se lanzan á una insurrección universal, dice, sufren todo género de calamidades: pasado el movimiento reaccionario, se hace sentir el cansancio consiguiente á los extraordinarios esfuerzos impendidos, y queda viva la memoria de los enormes sacrificios que ha costado la empresa; de allí es que una misma generación jamás intenta una segunda independencia en masa. La Francia, en 1793, se alzó contra la tiranía, y decidida y denodada resistió á las fuerzas de toda Europa coaligada contra ella; pues bien, esa misma Francia, en 1814, vió ocupada su capital por los cosacos y permaneció pasiva en la presencia de sus dominadores. La España de 1808 se levantó irritada contra la invasión del Emperador de los franceses, desafió el poder del más fuerte conquistador que ha habido sobre la tierra; sufrió inauditos males en la guerra á muerte que sostuvo; la pérdida de frecuentes batallas no la arredró, y su heroísmo llegó á términos que algún día aparecerá fabuloso en la historia. Pues bien, esa misma, en 1823, se portó indiferente con el ejército de concriptos acaudillados por el pacífico duque de Angulema, quien sin disparar un tiro atravesó la península hasta posesionarse de Cadiz. . . . »

Póngase cualquier guerra agotadora en lugar de guerra de independencia, y el pensamiento de Pedraza no perderá nada de su fuerza, ni de su asombrosa verdad.

Pero Juárez no solo tenía ante sí los obstáculos que le oponían un congreso hostil, un partido contrario poderoso y un país agotado y empobrecido; también llevaba en su pasivo la segregación de elementos que Santa-Anna tuvo siempre en su favor: por una parte, el clero prestaba dinero al gobierno (que iba á combatir al sajón protestante é infame) y por otra, nadie levantaba tropas frente al dictador para ayudar á los invasores. En la intervención, los afrancesados contaban con las monedas, las bendiciones y los aplausos de los obispos, y alistaban por su cuenta tropas que fueran á combatir á las que Juárez ponía en servicio.

Admitamos (aunque mucho podría recortarse al cálculo) los 50,000 hombres que dice el Sr. Bulnes levantó Santa-Anna en la guerra contra los del Norte. Como la nación no podía dar ni había dado más de esa cantidad (excepto la guerra de independencia y por causas especialísimas que no es de este punto discutir) tomaremos la concedida al Sr. Bulnes y pondremos:

Levantados por Juárez hasta mediados del 63...	30,000 hombres.
Levantados por Márquez, según datos oficiales	
que tuvo á la vista el Gral. Thomás ¹	7,000 " "
División Mejía ²	2,900 " "
Brigada Vicario ³	1,900 " "
	41,800 hombres

Si suponemos que las tropas de menor importancia (que Thomás no enumera, pero que menciona) y las guerrillas de uno y otro bando que recorrían todo el país hayan llegado sólo á ocho mil hombres—cálculo bien moderado, pues había guerrillas liberales, como la de Millán, que tenían 1,500 plazas, y reaccionarias, como la de Buitrón, que contaban con 500—resultan cabales y aun excedidos los 50,000 soldados de Santa-Anna.

Mas no bastaba con lanzar agentes que cogieran hombres de leva: se necesitaba también instruir, moralizar, mantener, vestir, uniformar y poner aptos para el servicio á los reclutas. Véamos cómo pinta al ejército de Puebla un autor reaccionario enemigo á muerte de todo cuanto oliera á juarismo:⁴ «Las cureñas de los cañones, los carros de ambulancia y los cofres destinados al parque, fueron pintados al óleo de un color verde oscuro con filetes negros: renováronse las guarniciones de los trenes, se limpiaron perfectamente las armas y la tropa toda apareció vestida con uniformes nuevos y de variados colores. Para que hasta en los menores incidentes se note el instinto democrático, véase cómo en esta vez suprimieron los jefes juaristas el calzado de los soldados, circunstancia que formaba un ridículo contraste con el resto del equipo y más que todo con la elegancia de los mandarines. El lujo de estos últimos era realmente tan desmedido, que cualquiera se hubiera ha-

1. Op. cit. 194. La división de Márquez se componía de seis batallones de infantería, seis escuadrones de caballería, un escuadrón de exploradores, tres batallones de artillería y una compañía de ingenieros.

2. Seis batallones, seis escuadrones y una batería.

3. Tres batallones y medio, seis escuadrones y medio y una sección de montaña.

4. Don Tirso Rafael Córdava. *El sitio de Puebla. Apuntes para la historia de Méjico sacados de documentos oficiales y relaciones de testigos fidedignos. Puebla 1863.* Es un opúsculo curioso y raro que no puede dejar de conocer quien trate de las cosas de ese memorable episodio de nuestra historia. Cuentan que el autor deploraba no haberse cortado la mano con que escribió el folleto, del cual recogió la mayor parte de los ejemplares.

llado á punto de creerles aguerridos militares á juzgar por su altivo continente y por la profusión de sus galones.»

Por lo que toca á la disciplina, moralidad y ardimiento de las tropas, no hay quien no alabe los que demostraron los soldados de Oriente.

Ignoro de donde haya tomado el Sr. Bulnes sus datos sobre los efectivos levantados por Juárez, pues supone que hasta marzo de 1863 no había sino 20,711 hombres distribuidos de este modo:

Distrito Federal	6,957 hombres.
Oaxaca	2,130 " "
Guanajuato	624 " "
Jalisco	1,010 " "
Puebla	1,820 " "
Zacatecas	815 " "
San Luis Potosí	1,114 " "
México	1,450 " "
Michoacán	932 " "
Veracruz	680 " "
Nuevo León y Coahuila	806 " "
Tamaulipas	296 " "
Durango	870 " "
Chihuahua	305 " "
Guerrero	491 " "
Yucatán y Campeche	000 " "
Tabasco	000 " "
Aguascalientes	000 " "
Querétaro	605 " "
Colima	000 " "
Chiapas	000 " "
Tlaxcala	196 " "
Baja California	000 " "
Sonora	000 " "
Sinaloa	000 " "
	20,711 hombres.

En Santibáñez, Estado N^o 5, encuentro una mención de 24,112 hombres entre generales, jefes, oficiales y soldados, y correspondiente al mes de noviembre del 62; por consecuencia, en marzo del 63, cuando el sitio era ya inminente, no pueden haber bajado todos los efectivos para volver á elevarse á mediados del mismo mes.

Presento en seguida un extracto del estado de fuerzas que da Santibáñez.

CUERPO DE EJERCITO DE ORIENTE.

	GENERALES.	JEFES.	OFICIALES.	TROPA.
División Berriozábal.....	2	41	240	4,157
" Llave.....	3	24	101	1,307
" Alatorre.....	1	26	191	2,848
" Antillón.....	1	15	120	2,640
" Lamadrid.....	2	61	400	5,268
Brigada Alvarez.....		5	43	379
" Carvajal.....	1	4	42	283
" Patoni.....	1	13	80	1,220
" Meja.....	1	7	67	729
" Pinzón.....	1	6	45	865
Sección de Artillería.....		6	112	1,045
" de Trujeque.....		8	29	236
Estado Mayor del C. Gral. en				
Jefe.....	1	19	6	
Cuartel Maestre.....	1	16	41	449
Segundo Cabo.....	1	7	9	8
Cuerpo Nacional de Ingenie-				
ros.....		5	21	
Cuerpo Médico Militar.....		15	32	65
Inspección de Proveduría.....	1		2	2
Lanceros de Quezadas.....		3	15	103
Legión del Norte.....		3	20	181
Exploradores del Ejército.....		3	14	200
Cazadores á caballo.....		3	16	91
Guerrilla Lara.....		1	2	40
" Calderón.....		1	2	40
Resguardo de Puebla.....		2	1	14
TOTAL.....	16	295	1,651	22,150

La demostración más palpable de que son equivocados los datos del Sr. Bulnes, es que pone á Guanajuato con 624 hombres, cuando ese Estado presentó toda una división perfectamente equipada (la tercera) y que constaba por lo menos de 2,000 hombres;¹ que á Jalisco le asigna 1,010 hombres, cuando tuvo cuatro brigadas de más de 500; que da á Zacatecas 815 soldados, teniendo cinco batallones que en total sumaban 3,200 plazas,² que á Veracruz, le da 860 hombres cuando solamente el Fijo de Tuxpan y Rifleros de Veracruz contaban más de mil. Varios Estados obran en los datos del Sr. Bulnes con contingentes negativos, y en verdad que no hay nada más injusto que tal preterición. Aguascalientes, por ejemplo, mandó dos batallones muy lucidos é iba al frente de ellos nada menos que el gobernador, Gómez Portugal; Chiapas envió también una buena cantidad de tropas que mandaba el coronel D. Pantaleón Domínguez, y por cierto que el valor y la decisión de los chiapanecos contribuyeron mucho á la defensa. Otras omisiones así de importantes comete el Sr. Bulnes.

Pero ¿qué fué lo que hizo Juárez, en concepto del Sr. Bulnes?

En concepto del Sr. Bulnes, Juárez hizo todo lo malo y dejó de hacer todo lo bueno.

Descuidó los preparativos de defensa.

Se olvidó de ordenar la tala de los campos y aldeas que podrían suministrar subsistencias á los invasores.

Aglomeró en Puebla una guarnición excesiva.

Despreció la precaución elemental de reunir los víveres que habían de consumir los soldados encargados de la defensa.

Veamos lo que hizo Juárez en concepto de los autores franceses (casi todos soldados de primer orden y por consecuencia testigos mayores de toda excepción) y del periodista conservador más exaltado que haya nacido de madre. De propósito me abstengo de citar autoridades de mejicanos, excepto cuando el Sr. Bulnes se apoya en ellas.

«La segunda faz (de la guerra de intervención)... comprende el ataque y la defensa de puntos habitados, ciudades abiertas ó aldeas en las cuales *el Presidente Juárez, enérgicamente secundado*

1 Córdova, Op. cit. pág. 20.

2 Córdova Ibidem.

por los liberales, organizó una resistencia implacable que se manifestó por muchísimas medidas que tendían á la defensa del territorio; las obras de fortificación estaban perfectamente ejecutadas y se combinaban á maravilla con la topografía del suelo y la naturaleza de las localidades. Como descendientes de los españoles, los mejicanos tienen el instinto de la guerra defensiva; su paciente tenacidad y el encarnizamiento en la resistencia, ha recordado, en la guerra de Méjico, las mortíferas luchas de la península, que anteriormente relatamos.»¹

«Los mejicanos habían aprovechado nuestras sensibles lentitudes, y el general Ortega, con una actividad á la que hay que hacer justicia, habría transformado la ciudad abierta de Puebla, en una plaza fuerte de primer orden, cuya organización definitiva se debe citar siempre como modelo.»²

«El enemigo habría aprovechado el tiempo que nosotros habíamos perdido. Tenía reparadas y completas las fortificaciones de la plaza; los fuertes exteriores, que estaban unidos por obras de campo, no podían tomarse más que mediante un sitio regular, y gracias á las iglesias y á los conventos, que formaban poderosos reductos, el centro de la ciudad había quedado convertido en una ciudadela terrible»³

«Las dilaciones del sitio de Puebla y la tenacidad de sus defensores tenían que responder á estas provocativas baladronadas. Como es natural, la lentitud de nuestros preparativos entró por mucho en las dificultades con que tropezamos; pero hay que reconocer que Juárez supo aprovecharse con gran habilidad del tiempo que le dejamos y que no perdonó medio ninguno para ponerse al nivel de las circunstancias y para infundir carácter nacional á la lucha que sostenía por conservar la independencia de su país.»⁴

«Los mejicanos estaban al corriente de la situación y la explotaban con provecho. Su gobierno nos inundaba de proclamas llenas de simpatía para Francia y de admiración para el ejército»

1 Louis Thyval. *Le rôle des localités á la guerre* págs. 111 y 112. Esta obra clásica, que sólo presenta dos ó tres muestras de los medios de fortificación empleados en las guerras más famosas del siglo XIX, tiene cuatro de la guerra de Méjico, entre los cuales están comprendidos la defensa de Santa Inés, la de San Javier y la de Oajaca.

2 Frédéric Canonge, *Historie militaire contemporaine*, Tomo I. pág. 325.

3 Général Du Barail, op. cit. págs. 398, 399.

4 Ib. pág. 385.

Ya empezaban las deserciones, sobre todo en los cuerpos que habían llegado primeramente. Esto libertaba al ejército de los malos soldados, pero si duraba, á los malos soldados habrían seguido indefectiblemente los medianos.»¹

«El sitio de Puebla tenía que abundar en episodios que probaron el valor de los defensores y la habilidad de los ingenieros mejicanos.»²

«El gobierno de Juárez había sabido emplear el tiempo que el ejército francés había desperdiciado ó invertido torpemente.»³

Supone el Sr. Bulnes que Juárez estuvo mano sobre mano, dejando que el enemigo se avituallara y proveyera de cuanto había menester. Examinemos lo que digan los testigos presenciales de los sucesos.

«Aprovechándose Juárez del entusiasmo de las poblaciones, había ordenado el incendio de las cosechas para impedir que nos apoderáramos de ellas.»⁴

«Por su parte, el gobierno mejicano empleaba activamente el tiempo que nosotros pasábamos en la inacción; excitaba el entusiasmo y el patriotismo de las poblaciones, las afirmaba en sus principios, ordenaba la destrucción de las cosechas, alistaba nuevos reclutas y excitaba á las guerrillas para que nos hostilizaran y trataran de quitarnos la línea de comunicación. Semejantes medidas, más fáciles para prescribirse que para ejecutarse, anunciaban á las claras el firme propósito que tenían nuestros adversarios de oponerse con suma tenacidad á la intervención y les honran grandemente»⁵

«¿Que hacía entre tanto el gobierno que se llamaba popular, el defensor de las garantías individuales? Vergüenza causa decirlo: ordenar á las bandas de guerrilleros que talasen los campos para concluir con las fortunas de los propietarios; mandar recoger cuanto ganado existiese aún en los valles y montes circunvecinos; autorizar á los cabecillas para que destruyesen los estanques de las fincas; tolerar que las tropas cegaran los estanques de Amozoc y les llenaran de inmundicias; decretar escandalosas levás, fuertes exacciones pecuniarias y demolicio-»

1 Général Du Barail, op. cit. págs. 359, 390.

2 Général Du Barail, op. cit. pág. 414.

3 Général Thoumas, op. cit. pág. 136.

4 Général Du Barail, op. cit. pág. 399.

5 Surintendant Général Wolf, op. cit. pág. 303.

nessin número. . . . Y luego, en una nota: «El comandante Martínez, que como hemos dicho ocupaba la línea avanzada, se jacta á cada paso de ejecutar acciones semejantes á la destrucción de los estanques de *Tres jagüeyes* é incendios de las sementeras de esa comarca: todo se hacía bajo el pretexto de quitar recursos á los invasores. . . .»

«A fines de febrero del presente año (1863,) hallábanse concluidas las fortificaciones de la capital, merced á los trabajos forzados de millares de indígenas y de las abusivas exacciones: *por espacio de algunos meses se habían hecho grandes acopios de municiones de boca y guerra, que llenaban conventos y aun templos espaciosos; en todas partes se reclutaba gente que traer al sacrificio, y por último, en estos mismos días, se concentró en la plaza, González Ortega con su ejército.*»¹

Verdad es (y en esto no hay que apartarse de la razón) que no se convirtió en un páramo á los Estados de Puebla, Tlaxcala y Veracruz, como quizás habría dispuesto el Sr. Bulnes; pero la causa de tal omisión fué de seguro que Juárez, por precencia súbita é inconsciente, tuvo noticia de la carta de Bolívar, que según nuestro autor había de servir de norma á los mexicanos en febrero del 63, y que D. Benito conoció. . . . en mayo del 65, después que el documento había corrido todas las aventuras que verá el curioso y paciente lector que tenga la osadía de engolfarse en la correspondencia del Sr. Romero: «La guerra de Rusia y la de Haití, (escribe el Libertador) deben servirnos de modelo en alguna cosa; pero no en el género horrible de destrucción que adoptaron, pues aunque allí fué útil, aquí no sirve de nada, porque *lo que se destruye es inútil á todos. Los franceses recibirán refuerzos de fuera y nosotros no recibiremos otros que los de casa.* Además, cuando el país se destruye, el enemigo lo evacúa y el amigo perece en él. En Rusia había hielos, en Santo Domingo, cenizas que producían fiebres; aquí no habrá más que inmensos desiertos propios para vivir al abrigo de esos males.» (pág. 265.)

Hace gran hincapié el Sr. Bulnes en lo que se refiere á la cantidad de combatientes encerrados en la plaza, motejando á Juárez del torpe, del ignorante y del imprevisor. Juárez no puede ser culpable (lo repito por centésima ocasión) de las torpezas de sus generales; pero si lo fuera ó suponiendo que lo fuera, creo que en

¹ Córdova, op cit. págs. 12, 18 y 19.

esto no cometió ninguna falta, sino que estuvo en lo justo ordenando lo que se le critica.

Seguro estoy (porque así me lo han referido el Sr. General Díaz y otros muchos militares que estuvieron en el sitio) de que en Puebla no hubo, á contar desde que la trinchera se abrió y salieron las caballerías, más de diez y seis mil combatientes; pero si hubieran estado los veintitres mil que supone el Sr. Bulnes, apoyado en datos erróneos, no por eso se habría cometido falta ninguna. Me fundo en estas razones:

1ª Los franceses no tenían como tropas de asedio solamente los 26,500 hombres que les da el Sr. Bulnes, pues si bien empezaron el cerco con esa cifra, pronto la aumentaron, como que todavía en febrero de 1863, se embarcó en Cherburgo y Tolón, el último envío de soldados (6326) que llegó á Veracruz en fines de marzo y por consecuencia en perfectas condiciones de batirse en Puebla. Como la línea de comunicación estaba admirablemente custodiada, pues desde Veracruz hasta Acultzingo había destacados 6,000 hombres los 6,326 se unieron al núcleo principal, resultando así, para los sitiadores, un efectivo de:¹

Soldados franceses.	26,500
Refuerzo llegado en marzo.	6,326
Traidores presentes en Puebla.	2,600
	<hr/>
	35,426

Así pues, para combatir á más enemigos (9,000 hombres nada menos) se necesitaba mayor cantidad de defensores.

2ª Los cálculos que hace el Sr. Bulnes se basan en el supuesto de que las tropas combatientes eran iguales, y aunque nuestro amor propio nacional se sentiría muy lisonjeado con tal noticia, no había tal; nuestras tropas eran notoriamente inferiores á las francesas pues como el Sr. Bulnes nos enseña, (pág 155) «con 30,000, máximo de ejército en 1863, de los cuales apenas 10,000 hombres serían verdaderos soldados, frente á 35,000 franceses, todos soldados de primer orden, aun cuando hubiéramos tenido generales de la talla de Napoleón I no hubiéramos ganado al ejército francés una batalla campal.» Se me dirá que el autor de *El Verdadero*

¹ Datos tomados de Niox op cit. págs. 738, 739 y 740.

Juárez, habla de batalla campal y no de sitio, en que las fuerzas pueden equilibrarse y aun quedar excedidas por parte de los asediados, que suelen contar con la ventaja de las fortificaciones. Pero ni aun en este caso las tropas débiles se vuelven fuertes, ni las poderosas se tornan insignificantes: nada menos el Sr. Bulnes lo confirma al decir (pág. 157) que «para el éxito de la defensa activa se necesita . . . primero: que el sitiado tenga toda su fuerza ó al menos una buena parte de ella de la misma calidad ó mejor que la del sitiador . . . » en caso contrario, esto es, «cuando hay desigualdad entre la calidad de las tropas beligerantes, se puede sostener la guerra COMPENSANDO LA CALIDAD CON LA CANTIDAD . . . » (pág. 154.) *La cifra compensadora es cuestión de experiencia, y para no exponerse á fracasos que ocasionen la desmoralización, se ensaya con cifras exageradas.* (pág. 155.)

Si la plaza de Puebla debía, técnicamente, tener una guarnición de 16,000 hombres, Juárez y González Ortega obraron como prudentes al elevar un poco la cifra,¹ que ya no fué de 23,930, como equivocadamente asienta el Sr. Bulnes, sino de algo más de 20,000 desde que las caballerías rompieron el cerco. Luego, los 4,000 y pico de hombres, (no 8,000) que según nuestro autor, se sacrificaron al Minotauro llamado *capitulación honrosa*, en último término se sacrificaron á los Minotauros llamados *ley de la necesidad, cifra compensadora y diferencia en calidad*.

3ª El Sr. Bulnes, midiendo sobre el plano del Atlas de Niox, da á la plaza de Puebla 8,400 metros de línea de fortificación exterior. Puebla tenía en realidad 9,300 metros de línea fortificada; en mi presencia hizo la operación un ilustrado ingeniero amigo mío, sobre el plano del Estado Mayor General. Luego, para más extensión fortificada, era menester cantidad más grande de defensores.

LA UNIDAD DE MANDO.

No se necesita ser un psicólogo de los vuelos de Stendhal, para darse cuenta de la situación de ánimo de González Ortega al es-

¹ Repito que la plaza de Puebla no llegó á tener más de 16,000 defensores, y que mis cálculos están hechos para colocarme en el mismo punto de vista en que el Sr. Bulnes se coloca y aceptando las cifras que dicho escritor presenta como buenas.

cribir su *Parte general de la defensa de la plaza de Zaragoza*: estaba seguro de que el gobierno le había negado sin razón la ayuda que necesitaba; mayor convencimiento tenía aún de que el ejército de Comonfort, que se llamaba de auxilio, le había impedido todo movimiento útil y salvador; y de buena fe creía que los errores, las deficiencias, los malos pasos y todo en fin, cuanto había contribuido á precipitar el desenlace del sitio, era obra de los otros y no suya, que se había conducido como hábil, prudente y esforzado capitán. El Sr. Bulnes, pues, no hizo bien en tomar como única é inapelable autoridad el parte de González Ortega: debió ocurrir á la correspondencia de Comonfort y quizás al expediente que debe de haber acerca del caso en el Ministerio de la Guerra, pues González Ortega era un reo presunto que daba sus descargos y trataba de sincerarse por la rendición de un punto militar que se le había confiado.

La prueba de que este punto de la unidad de mando no está resuelto sin remedio, y de que todavía hay mucho que inquirir para llegar á una conclusión definitiva, la encontramos en lo siguiente, que demuestra la falsedad de la versión que el Sr. Bulnes considera obvia y demostrada.

Lo acordado por los generales fué lo siguiente: «Si el ejército francés atacaba la plaza de México, el general en jefe de los cuerpos de ejército de Oriente y Centro sería el C. Ignacio Comonfort; y si el ataque lo sufría la plaza de Zaragoza, el general en jefe de ambos cuerpos de ejército sería el que suscribe. (Ortega) De este modo . . . se satisfacía . . . la primera y más imperiosa necesidad de la guerra, que es la unidad en el mando.»¹

Según el Sr. Ortega, el 8 de febrero del 63 emprendieron él y Comonfort la marcha para la capital de la República á fin de pedir al presidente que resolviera de acuerdo con esa pretensión. Juárez, á cuenta, oyó á los interesados y les ofreció determinar lo que conviniera previa consulta á la junta de ministros.

«Al día siguiente en la noche, 10 de febrero, continúa el jefe de la plaza el Señor Ministro de la Guerra, el demócrata y recomendable general C. Miguel Blanco, tuvo la bondad de pasar á la posada en que nos hallábamos, siendo el mismo señor el portador de una nota oficial procedente del Ministerio de la Guerra en cu-

¹ Parte de González Ortega pág. 6. Edición del Estado Mayor.

² Parte General pág. 7.

Juárez, habla de batalla campal y no de sitio, en que las fuerzas pueden equilibrarse y aun quedar excedidas por parte de los asediados, que suelen contar con la ventaja de las fortificaciones. Pero ni aun en este caso las tropas débiles se vuelven fuertes, ni las poderosas se tornan insignificantes: nada menos el Sr. Bulnes lo confirma al decir (pág. 157) que «para el éxito de la defensa activa se necesita . . . primero: que el sitiado tenga toda su fuerza ó al menos una buena parte de ella de la misma calidad ó mejor que la del sitiador . . . » en caso contrario, esto es, «cuando hay desigualdad entre la calidad de las tropas beligerantes, se puede sostener la guerra COMPENSANDO LA CALIDAD CON LA CANTIDAD . . . » (pág. 154.) *La cifra compensadora es cuestión de experiencia, y para no exponerse á fracasos que ocasionen la desmoralización, se ensaya con cifras exageradas.* (pág. 155.)

Si la plaza de Puebla debía, técnicamente, tener una guarnición de 16,000 hombres, Juárez y González Ortega obraron como prudentes al elevar un poco la cifra,¹ que ya no fué de 23,930, como equivocadamente asienta el Sr. Bulnes, sino de algo más de 20,000 desde que las caballerías rompieron el cerco. Luego, los 4,000 y pico de hombres, (no 8,000) que según nuestro autor, se sacrificaron al Minotauro llamado *capitulación honrosa*, en último término se sacrificaron á los Minotauros llamados *ley de la necesidad, cifra compensadora y diferencia en calidad*.

3ª El Sr. Bulnes, midiendo sobre el plano del Atlas de Niox, da á la plaza de Puebla 8,400 metros de línea de fortificación exterior. Puebla tenía en realidad 9,300 metros de línea fortificada; en mi presencia hizo la operación un ilustrado ingeniero amigo mío, sobre el plano del Estado Mayor General. Luego, para más extensión fortificada, era menester cantidad más grande de defensores.

LA UNIDAD DE MANDO.

No se necesita ser un psicólogo de los vuelos de Stendhal, para darse cuenta de la situación de ánimo de González Ortega al es-

¹ Repito que la plaza de Puebla no llegó á tener más de 16,000 defensores, y que mis cálculos están hechos para colocarme en el mismo punto de vista en que el Sr. Bulnes se coloca y aceptando las cifras que dicho escritor presenta como buenas.

cribir su *Parte general de la defensa de la plaza de Zaragoza*: estaba seguro de que el gobierno le había negado sin razón la ayuda que necesitaba; mayor convencimiento tenía aún de que el ejército de Comonfort, que se llamaba de auxilio, le había impedido todo movimiento útil y salvador; y de buena fe creía que los errores, las deficiencias, los malos pasos y todo en fin, cuanto había contribuido á precipitar el desenlace del sitio, era obra de los otros y no suya, que se había conducido como hábil, prudente y esforzado capitán. El Sr. Bulnes, pues, no hizo bien en tomar como única é inapelable autoridad el parte de González Ortega: debió ocurrir á la correspondencia de Comonfort y quizás al expediente que debe de haber acerca del caso en el Ministerio de la Guerra, pues González Ortega era un reo presunto que daba sus descargos y trataba de sincerarse por la rendición de un punto militar que se le había confiado.

La prueba de que este punto de la unidad de mando no está resuelto sin remedio, y de que todavía hay mucho que inquirir para llegar á una conclusión definitiva, la encontramos en lo siguiente, que demuestra la falsedad de la versión que el Sr. Bulnes considera obvia y demostrada.

Lo acordado por los generales fué lo siguiente: «Si el ejército francés atacaba la plaza de México, el general en jefe de los cuerpos de ejército de Oriente y Centro sería el C. Ignacio Comonfort; y si el ataque lo sufría la plaza de Zaragoza, el general en jefe de ambos cuerpos de ejército sería el que suscribe. (Ortega) De este modo . . . se satisfacía . . . la primera y más imperiosa necesidad de la guerra, que es la unidad en el mando.»¹

Según el Sr. Ortega, el 8 de febrero del 63 emprendieron él y Comonfort la marcha para la capital de la República á fin de pedir al presidente que resolviera de acuerdo con esa pretensión. Juárez, á cuenta, oyó á los interesados y les ofreció determinar lo que conviniera previa consulta á la junta de ministros.

«Al día siguiente en la noche, 10 de febrero, continúa el jefe de la plaza el Señor Ministro de la Guerra, el demócrata y recomendable general C. Miguel Blanco, tuvo la bondad de pasar á la posada en que nos hallábamos, siendo el mismo señor el portador de una nota oficial procedente del Ministerio de la Guerra en cu-

¹ Parte de González Ortega pág. 6. Edición del Estado Mayor.

² Parte General pág. 7.

ya nota quedaba definitivamente resuelto el punto objeto de la cuestión; pero no el sentido que yo lo había iniciado, sino en otro diametralmente opuesto; porque se prevenía en aquella que los cuerpos de ejército de Oriente y Centro obraran independientes uno del otro, no quedando por esto entre ellos otra liga, que las combinaciones acordadas y aprobadas mutua y previamente por los respectivos generales en jefe de ambos cuerpos de ejército.

Hasta aquí el general Ortega. Véamos lo que cuentan los documentos oficiales.

Más explícito que el *Parte* lo es el *Plan de operaciones* que los jefes de los ejércitos sometieron á la consideración del gobierno y que en lo relativo decía así:

El ejército del centro... se mantendrá en estado de perfecta movilidad para atender á los puntos del teatro de la guerra de la manera más conveniente.

«4º Se tendrán como objetivo para la defensa las capitales alternativamente de Puebla y Mexico.

«5º Se tendrán como base de operaciones, México en la defensa de Puebla y Puebla y Querétaro en la de México.

«8º El ejército auxiliar conservará en la capital de la República expeditas sus comunicaciones y el camino seguro, para poder ocupar y defender la capital si el enemigo intentare atacarla, llegando primero á ella.

11º En caso de que el enemigo se dirija á la capital de la República, el ejército del centro, como queda dicho, marchará á ella para defenderla, y el de oriente marchará al Valle de Méjico á des-

1 Tan convencido está el Sr. Bulnes de que Juárez no llegó á comprender las ventajas de la unidad de mando, que en una carta que dirige al Sr. Iglesias Calderón le dice textualmente: («El Tiempo» de 9 de octubre de 1904) «Juárez, hasta entonces, por razones políticas ó por motivos que no viene al caso examinar, no había querido cumplir con un precepto fundamental de la ciencia militar: «Toda campaña debe efectuarse bajo el imperio de la unidad de mando.» «Una campaña con muchos jefes para un ejército, ó con varios ejércitos independientes, es considerada radicalmente vieiosa y antimilitar.» Si el Sr. Iglesias Calderón lo duda, me permito indicarle que consulte el primer tomo de la notable obra del General frances Pierron, intitulada «Les méthodes de guerre,» en la que se encuentra, en la página 269, un capítulo intitulado: «Nul corps des troupes ne doit être soustrait á l'autorité du commandant en chef.»

Esta perogrullada, que podía ser de M. Pierron ó de M. de la Palisse, no había sido un secreto para Juárez, por lo menos en las operaciones en Puebla.

empeñar las funciones que en el de Puebla están confiadas al del Centro. Esto se entiende, ya sea que el enemigo haga su movimiento por la línea de San Martín ó por la de los Llanos.»¹

Que este plan no era disparatado ni mucho menos, lo comprueba la circunstancia de que, en los primeros días del año 63, no se sabía ni se podía saber cómo empezaban las operaciones del ejército invasor. Si asediaba á Puebla, había que abandonar de momento la fortificación de Méjico y ocurrir en defensa de la ciudad atacada; si, por el contrario, sitiaba á Méjico, se acudiría á proteger la capital dejando á Puebla en manos del francés. Ninguno de los dos ejércitos debía ser superior al otro mientras las operaciones no comenzaran; pero cuando aquéllas estuvieran bien indicadas, Comonfort sería auxiliar de González Ortega ó éste de aquél. No se trataba, pues, solamente de la *introducción de convoyes*² (operación que nunca se ha logrado cuando los sitiadores son militares) sino de sujeción en el mando, de maniobras destinadas á impedir las de los sitiadores, de perfecto y cabal conocimiento de los sucesos que se habían desarrollado y de previsión de los que podían venir.

Precisamente por esa circunstancia el gobierno aprobó punto por punto lo que habían propuesto Comonfort y Ortega, pues la comunicación reservada que el Ministro, Gral. Blanco, puso en manos de los jefes, decía en su parte resolutive:

«... Supuesto que el ejército invasor debe tener por principal mira, bien la ocupación de la plaza fuerte de Puebla, ó ya la de esta capital, cada una de estas plazas, á su vez, tendrá que reputarse como base de operaciones en las que se tengan que emprender para rechazarlo. Por consiguiente, todas las disposiciones relativas, cuando fuese amagada la plaza de Puebla, emanarán del general en jefe del ejército de Oriente; y cuando la plaza amagada fuere la de esta capital, tales disposiciones serán dictadas por el jefe del ejército del Centro.

«En todo caso ambos ejércitos se tendrán, respectivamente, como auxiliares, según que el enemigo dirija hacia una ú otra plaza sus operaciones, y como en la actualidad está más inmediatamente amenazada la de Puebla, las fuerzas pertenecientes al ejército del

1. *Exposición que hace al pueblo mejicano el C. Miguel Blanco, de su conducta política en la época de la intervención francesa y el llamado imperio.* Méjico 1870, págs. 13 y 14. Los documentos que inserta están certificados por el oficial mayor de la Secretaría de Guerra, E. Benítez, y tienen carácter de indudable autenticidad.

2 Bulnes. *El porvenir de las naciones hispano americanas*, pág. 141.

Centro que han salido de esta capital se considerarán desde luego con aquel carácter El general en jefe del ejército del Centro emprenderá los movimientos que le designe el de Oriente para el mejor acierto de las combinaciones que proyectare en defensa de Puebla, ó para atacar alguna de las posiciones del enemigo cuando así lo tuviere por conveniente El ejército de Oriente será auxiliar del del Centro, siempre que el movimiento del invasor sea sobre esta capital.»¹

D. Ignacio Comonfort dirigió al gobierno una larga comunicación (20 de febrero de 1863) en que sostenía que «para cumplir la misión confiada al ejército de su mando se hace indispensable que su general en jefe obre con toda independencia.»

El ministerio contestó á Comonfort con fecha 24 de febrero: «En lo demás (esto es, la división del mando) si bien reconoce el Presidente que un sentimiento de patriotismo ha impulsado á usted á exponer la conveniencia de que se le deje en todo caso completamente independiente en sus operaciones militares; no puede menos de disentir de su opinión; pues cuando las fuerzas de su digno mando tengan que obrar como auxiliares de la plaza de Puebla, ES INDISPENSABLE QUE SE OBSERVE LA UNIDAD DE MANDO COMO BASE PRECISA PARA EL MEJOR ACIERTO DE LAS OPERACIONES QUE TENGAN QUE PRACTICARSE. Entonces al general en jefe del ejército auxiliado toca designar el tiempo, lugar y demás circunstancias en que crea conveniente que se le preste auxilio; pues de otra manera, obrando aisladamente ó por medio de previos acuerdos, difíciles de tenerse en estos casos, se perderían oportunidades que casi siempre son las que, aprovechadas en la guerra, deciden del éxito de los combates. *Conviene, pues, que en estas operaciones todo esté sujeto á la misma acción del jefe que hubiere combinado la defensa; y por eso se ha prevenido á usted que cuando tenga que obrar en auxilio de la mencionada plaza de Puebla, obsequie las órdenes que le librare el general en jefe del ejército de oriente.*»³

Como se ve, ni D. Benito ni su ministro Blanco hicieron nada que justificara los epigramas del Sr. Bulnes: no «discurrieron lo indiscutible,» no inventaron «el mando bicéfalo catastrófico hasta para la hechura de un par de pantuflas,» y no «reprobaron la pre-

1. Manifiesto de Blanco, págs. 14 y 15.
2. Manifiesto de Blanco, págs. 15 á 18.
3. Manifiesto de Blanco, págs. 18 y 19.

tensión de la unidad de mando.» Accedieron á lo que se les pedía (que por cierto era muy racional) usaron del poder la mejor manera que les fué dable y cooperaron eficazmente á la defensa.

¿Por qué no se siguió ese plan salvador? Averíguelo Vargas ó averíguelo el Sr. Bulnes. Yo me atrevo á creer que la falta fué de Comonfort, que se sentía ofendido porque tomara la dirección de los asuntos militares «un soldado de circunstancias, á quien le habían ceñido la espada los últimos sucesos de su patria.» Mas ni aseguro tal cosa, ni aún asegurándola, Juárez perdía ni ganaba nada en la opinión: rencillas entre generales las ha habido siempre, y entre generales mejicanos, á calderadas.

¿Por qué aseguró González Ortega semejante falsedad? Piadosamente juzgando, y por más que resulte inverosímil el olvido de una disposición que tenía que ser el eje de las operaciones, piadosamente juzgando, digo, no encuentro más disculpa que la que da el vencedor de Calpulálpam en la página primera de su escrito: su prisión y la captura de sus papeles por la gavilla que asesinó al Gral. La Llave.

JUAREZ DEBIO ENCARGAR DEL MANDO AL GENERAL GONZALEZ ORTEGA.

He procurado demostrar en el curso de este trabajo que no se cometieron en Puebla los desaciertos que el Sr. Bulnes declara; pero si esos errores se hubieran cometido y además otros, de manera que el sitio fuera una reunión de equivocaciones más grande que tiene átomos el sol, la responsabilidad no sería de Juárez, sino pura y simplemente de sus ministros y generales.

La dificultad mayor en coyunturas como la que Méjico se hallaba, consiste en la elección de jefes que vayan á disputar al enemigo los lauros de una victoria problemática, pero exigida por la necesidad y por la opinión. Cuando no hay, dice un notabilísimo escritor francés, un guerrero á quien el brillo y magnitud de sus servicios coloquen en el primer lugar, la dificultad mayor de una guerra consiste en escoger entre generales celosos y mal dispuestos á seguir á uno á quien juzgan su igual.

Pero aquí no había semejante dificultad. Ni los servicios de Comonfort, que apenas había mandado en jefe en acciones de segun-

1 Étienne Lamy, *Études sur le seconde empire*, pág. 203.

do orden; ni los de Echagaray, que si por sus notables conocimientos merecía el primer lugar, no habría obtenido el asenso de sus compañeros por su turbia filiación política; ni Berriozábal, desacreditado por el fracaso de Toluca; ni Negrete, el más veleidoso é inconsecuente de los hombres de armas de entonces; ni mucho menos los jóvenes, que en verdad no pasaban de bellas esperanzas, podían competir con el crédito y el nombre de González Ortega.

González Ortega procedía de humilde cuna. Aficionado al ejercicio de las armas, las tomó por primera vez cuando por ministerio de la ley se hizo cargo del gobierno de Zacatecas. Extremado en sus opiniones, había hecho vestir blusa á los curas de Irapuato y les había incorporado á las filas del ejército; había dictado una ley especial contra los sacerdotes católicos y había iniciado la desamortización en Zacatecas mucho antes que las leyes respectivas se promulgasen en Veracruz.

Cooperador en la victoria de las Animas, había obtenido por sí mismo los dos triunfos de Peñuelas y Silao, tomado á Guadalajara y destrozado á las huestes conservadoras en Calpulálpam. Y como si no fuera bastante haber destruido al ejército reaccionario y hecho pedazos el prestigio del antes invencible Macabeo, había ocupado la capital invitando al Sr. Juárez para que viniera á tomar posesión del poder.

Hombre honrado, había sabido cerrar el oído á las sugerencias de los que le excitaban á posesionarse de la presidencia y á derrocar á Juárez; liberal sincero, había promulgado, al tomar posesión de la capital, las leyes de reforma, lábaro del partido á que pertenecía; jacobino impenitente, había licenciado á los 25,000 hombres que le habían acompañado en su dichoso triunfo, renunciando al grado de general.

«No pudo Juárez, al posesionarse nuevamente de la capital dejar de llamar á su ministerio al insigne jefe que tantos servicios había prestado y entró á servir la cartera de guerra en el primer gabinete constitucional. A pesar de que comprendió al momento que iba á gastar allí su popularidad, tomó participio en aquél gabinete para dar al gobierno toda la predominancia y vigor que nunca había tenido y sólo entonces tuvo el poder civil.»¹

¹ *Apuntes Biográficos del Ciudadano Jesús González Ortega*. 1861. Anónimo.

La victoria de Jalatlaco, en que acabó con los últimos restos del ejército reaccionario, vino á hacer quizás más famoso el nombre de Ortega, vencedor de Ramírez, de Márquez, de Zuloaga y del mismo Miramón.

Y la prueba de que hasta los mismos defectos del gallardo general zacatecano, solían prestarle servicios ante su partido, se encuentra en una biografía escrita veintitantos años después de la desaparición de Ortega de la escena política y que resume y compendia las ideas del jacobinismo sobre el mando militar y sobre la persona del jefe de la defensa en Puebla. «Se refiere que la causa eficiente de la gran popularidad y las victorias de González Ortega, radicaba en su ingénita elocuencia para conmover las masas populares: hablaba, y las chusmas le seguían fanatizadas; la tropa sucumbía al hambre y al cansancio, su voz vibrante y profética la enardecía y entusiasmaba hasta el delirio y aquellos soldados macilentos y andrajosos, morían gozosos al pie del lábaro constitucional. *Sus audacísimos planes militares eran hijos de su carencia de sabiduría técnica: como Aníbal, buscaba no en el arsenal del arte codificado de la guerra, sino en el arsenal de su fecunda inspiración el recurso estratégico, el movimiento adecuado, la posición conveniente, según las circunstancias del combate y las cualidades del terreno.*»¹

Me dirá el Sr. Bulnes que un general no es un Tirteo ni un demagogo, ni un clubista, ni un orador parlamentario; me dirá que no se improvisan las batallas, ni los conflictos tácticos se resuelven con golpes de elocuencia sino con golpes de álgebra. Todo es verdad; pero también es cierto que los generales, lo mismo que los libros, los profesores las levitas y las patatas, se producen de acuerdo con el terreno que les cría, y que exigir que en 1861 tuviéramos jefes como Giulay, Mac. Mahon, Benedeck, ó Von Moltke, es algo más que pedir peras al olmo: es una jacobinada imperdonable en quien más duramente ha fustigado á los jacobinos. El axioma fundamental en esto es que cada pueblo tiene el ejército á que es acreedor, y cada ejército los jefes que merece.

Aunque Juárez hubiera tenido el poder que se atribuía á Pompeyo, de levantar ejércitos tocando el suelo con el pie, no habría conseguido por eso hacer brotar generales con igual facilidad. Juárez, pues, hizo bien en confiar el mando al caudillo más famo-

¹ Biografía del general D. Jesús González Ortega, por Francisco Gómez Flores, en el libro *Liberales Ilustres Mejicanos*. Daniel Cabrera, editor.

so de su tiempo, al que aclamaba el pueblo y los descontentos consideraban bandera de rebelión contra todo lo establecido; y con eso solamente está horro y libre de cualquier cargo que pudiera hacersele.

Por aquellos tiempos, Porfirio Díaz era apenas coronel; Escobedo tenía el mismo grado; Corona llevaba unos cuantos meses de pertenecer al ejército; todos los que habían de distinguirse en la guerra contra el invasor, tenían grados inferiores y eran punto menos que ignorados ó ignorados del todo. A Juárez no le tocaba adivinarlos; ellos tenían que manifestarse conforme las circunstancias lo exigieran.

Poco despues debía presentarse en Francia una situación parecida á la nuestra, la cual compendia así el autor de los *Estudios acerca del segundo imperio*. «Tan pronto como se empezó á tener noticia de nuestros desastres, el afán dominante, apasionado, universal. . . . fué descubrir jefes para la salvación común. Y como la salvación consistía en la victoria, buscábamos y requeríamos hombres de espada; y al calor de esta fiebre se vió que, EN VEZ DE LAS VIEJAS REPUTACIONES AGOSTADAS POR LA DERROTA, SÚBITAMENTE MADURABAN FAMAS ANTES DESCONOCIDAS.

Y la prueba de que Juárez no era el tirano que se pinta, frío, suspicaz, egoísta, meticuloso y lleno de temores de que le arrebataran el poder, está en lo siguiente, que sé de labios de uno de los personajes que intervinieron en el lance. Luego que los generales Díaz y Berriozábal consiguieron evadirse de su prisión en Puebla, y llegar á Méjico, se presentaron en la Cámara de Diputados, donde recibieron una ovación al tiempo de posesionarse de las curules que les había designado el voto popular. Era á fines de mayo y se discutía aún, por cierto con sumo calor y vehemencia, la famosa ley de facultades. Luego que concluyó la junta, un enviado del Presidente llamó fuera de la cámara á los generales y les llevó á la presencia de Juárez. Tras de congratularse por la feliz evasión y de felicitarles por su excelente comportamiento durante el sitio, Juárez les dijo que debían prepararse el uno para marchar á ponerse al frente del ejército, y el otro para servir el ministerio de la guerra.

Disculpose Porfirio alegando su mocedad, el poco tiempo que

1 Étienne Lamy *Études sur le seconde empire*, pág. 206.

llevaba de ascendido al generalato, (tendría apenas un mes, pues se le dió el despacho después del 25 de abril) los celos que un nombramiento tan intempestivo causaría entre los jefes más antiguos y el pretexto que se daría á la defección de los que se consideraran ofendidos si se les postergaba. El Sr. Juárez no se dió por vencido, pues le dispuso al Sr. general Díaz que meditara durante la noche aquella su decisión.

Al día siguiente, luego que el Sr. general Díaz vió á D. Benito, éste le interrogó sobre que era «lo que le había dicho la almohada.» Manifestó Porfirio que seguía en la misma resolución, y que pensaba, si el gobierno no tenía en ello inconveniente, irse á su tierra, Oajaca, á combatir al francés, formando una división con cuerpos escogidos del ejército. Díaz pensó que se le rehusaría aquella pretensión, (que de concederse desorganizaba todo el núcleo de defensa, puesto que había que espigar tomando lo más florido de batallones y regimientos) y que entonces se le dejaría libre para armar, equipar y movilizar la tropa que levantara valiéndose del ascendiente que disfrutaba en Oajaca. La respuesta del Sr. Juárez fué poner un lápiz en manos del jóven defensor de San Marcos, é indicarle que hiciera la lista de los cuerpos que le convendría llevar á la campaña.

Todavía más; el Sr. general Díaz logró levantar el nuevo ejército de oriente merced á que el Sr. Juárez le exoneró de sujetarse al consejo de guerra que después de la rendición de Oajaca solicitaba ahincadamente el actual jefe del estado; y cuando éste proyectó evadirse en Puebla, D. Benito ordenó al general D. Alejandro García que tan pronto como Porfirio realizara su intento, le reconociera como jefe de toda la línea que antes había mandado. . . .

¿Que González Ortega era ignorante? Y bien, sí lo era; pero así eran entonces todos los generales del bando liberal, que por cierto no habían salido de ninguna academia de Saint Cyr, sino que habían dejado la pluma de barbas y las siete partidas con que el tinterillo se buscaba la vida; el bisturí y las cataplasmas que manejaba el mediquín de pueblo; la vara de medir del comerciantuelo y el bufete de la haceduría y la era del rancho y las aulas del colegio y todos los lugares, en fin, en que nada se hablaba de cosas de milicia.

La pretensión del Sr. Bulnes de que González Ortega, (que á todo tirar conocería la *carretilla de once voces* y el manual de cabos y sargentos) se supiera de coro los libros de táctica fechados en

1,904 (*Editores: Librairie militaire, Direction du Spectateur militaire, Lecène Oudin et cie*) que llenan los estantes de la selecta biblioteca del autor de *El Verdadero Juárez*, esa pretensión, digo, me recuerda aquellos ingenuos grabados viejos en madera en que un Adán de tricornio, chorrera de encajes, tacón rojo y tabaquera de oro, se halla cerca de una Eva con tontillo, impertinente y peinado Pompadour; entreteniéndose ambos en mirar un paraíso con callecillas simétricas, césped recortado y árboles en forma de quitasoles y de abanicos.

Un escritor que calzaba menos puntos que el Sr. Bulnes, pero que mejor que él veía el haz de los acontecimientos, resumió con admirable penetración la serie de los realizados, y por cierto que esa clarividencia debe tenerse muy en cuenta para juzgarle como sociólogo y como hombre previsor.¹

«En cuanto á la república, todo pasó también como debía pasar. De la posición de 1861 no se podía salir sino por una guerra en que todas las probabilidades y todos los riesgos eran de parte del gobierno mexicano.

«Apareció Riva Palacio en el Sur; Escobedo en Tamaulipas; los hermanos Díaz en Oaxaca; García en la costa; Corona, Rosales y Martínez en Occidente: y éstos, que eran los elementos materiales de resistencia, estaban conducidos por una especie de alambre eléctrico que tenía el ente moral que se llamaba gobierno republicano, representado en un antagonista de Napoleón, en Juárez, y en un ministro que se llamaba Lerdo.

«Esto era lo bastante. La poesía admite esas metáforas de que las naciones se levanten como un solo hombre y aniquilen á los enemigos. La filosofía ve estas cosas de otra manera.

«¿De qué hubiera servido el levantamiento de esa nación sin armas, sin organización, sin poder formar regimientos, sin poder mantenerse, porque para mantener á una nación armada es necesario que otra nación más numerosa la mantenga? Por eso no hemos visto en la historia levantarse á nación alguna tomando las palabras en el sentido recto.

«Dos Juárez, dos Lerdos, dos Porfirios, dos Rivas Palacios hubiesen sido un inconveniente, y ya se palpó el de Ortega.

«Un ejército de doscientos mil hombres habría comenzado por

¹ *Cuentas, gastos, acreedores y otros asuntos de la intervención y el imperio* por Manuel Payno. Mejico, 1868. págs. 928 y 929.

devorar al país, y concluído por devorarse á sí mismo. Las cosas, pues, pasaron ni una línea de más, ni una línea de menos de como debieron pasar, y con la misma regularidad con que los astros se mueven al derredor del sol. Los hombres somos iustrumentos guiados por un poder invisible y desconocido, y á poco que cada uno examine su propia historia, verá que ha sido instrumento involuntario y casual de una multitud de acontecimientos grandes y pequeños.

«Si se examina bajo este punto de vista la historia del mundo todo, se encontrará confirmada esta teoría con una precisión matemática.

«No es invención mía: es la escuela de Buckle y siempre me ha parecido de una asombrosa exactitud.

«La república, que, como hemos dicho antes, temblaba con un viejo buque de guerra que aparecía en Veracruz, no tenía la conciencia de su fuerza, y esta es una gran cosa que es preciso hacer conocer y meter en el cerebro de todos.

«Las tempestades del invierno en las costas, el vómito, la fiebre, los mosquitos, las tierras calientes, la extensión y lo despoblado del país, son otros tantos y terribles auxiliares como ha dicho bien y poéticamente Víctor Hugo.

«En esta nación, por sus tradiciones, por su raza y por lo que acaba de pasar, digan lo que quieran en Europa nuestros enemigos, siempre ha de haber tres ó cuatro corazones fuertes el día del peligro. A estos hombres ya sean conocidos, ó ya se levanten repentinamente de ese fondo oscuro y misterioso de donde brota todo lo grande y lo maravilloso, se reunirán otros cuantos de esos campesinos indomables en quienes se cebaron las cortes marciales y las balas de los franceses, y esto será lo bastante.

«¿Quién conocía en Europa á Lerdo, cuando era simplemente el estudioso rector de un colegio? ¿Dónde estaba el nombre de Díaz y de tantos otros, sino confundidos entre esa multitud de gente á quien Barrés llamaba la carne de cañón?

«De 1857 á 1867 ha habido una rápida sucesión de cosas, de acontecimientos de hombres nuevos, verdaderamente sorprendente, y los que pudimos figurar de alguna manera en la buena y honrada administración de Arista, tenemos ya, como quien dice, las cabezas blancas, los miembros entorpecidos, el entendimiento enbotado, como si hubieramos vivido de entonces acá doscientos años.

«Lo que ha sucedido en diez años volverá suceder, y los fenómenos morales que observamos en este último período, volverán á repetirse con toda exactitud cuando sea necesario.»

LAS CONSECUENCIAS DEL SITIO DE PUEBLA.

Como se sabe, el sitio de Puebla fué causa de grandes vacilaciones y de mayores sorpresas en la corte de Napoleón III. El emperador no durmió durante varias noches consecutivas, presa de la zozobra, y el día que llegó la noticia de la toma de la plaza, el príncipe imperial en persona arrojó el parte de la rendición al pueblo aglomerado en las afueras de las Tullerías. Se consideraba aquel caso tan importante como cualquiera de las grandes batallas de la monarquía.

Durante el largo y porfiado sitio se empezó á comprender que aquella «kabila indocil é incapaz de cultura,» aquella «raza de caída y decrépita,» aquel «pueblo sin resorte moral y sin energías para la defensa,» servía para algo más que pagar reclamaciones exorbitantes y doblegarse ante las exigencias y los caprichos de cualquier aprendiz de diplomático del Quay d' Orsay.

En un autor francés, que por joven, por presuntuoso y porque venía primera vez al país refleja ampliamente el criterio del ejército invasor y quizás el de la nación francesa, nos encontramos la génesis del cambio de las opiniones acerca de Méjico.

No había quien no conviniera en que el fracaso del 5 de mayo había sido obra de la casualidad, de la torpeza de los franceses, de la buena suerte de los mejicanos, de cualquiera de todas estas cosas ó de todas ellas juntas, pero sin que el suceso pudiera repetirse una vez más, á no ser que se trastornaran las leyes de la naturaleza. Por eso Loizillon, el autor á que me refiero, anunciaba á una su amiga, el 9 de diciembre del 62^o que no tardará el ejército en llegar á Méjico, probablemente sin disparar un tiro.

El 23 del mismo mes decía desde Perote: «Como quiera que sea, no atacaremos á Puebla antes de los fines de enero. Algunos creen que nos costará mucho; otros, por el contrario, opinan que los mejicanos echarán pie atrás al primer cañonazo. Yo soy del parecer de estos últimos.²»

1 Op cit pág. 20.

2 Op cit pág. 30.

El 21 de enero avisaba desde Quecholac: «Seguramente que Puebla no resistirá más de quince días, pero quizás perdamos un mes en organizar una nueva base de operaciones antes de marchar para Méjico.¹»

El 4 de febrero la jactancia del joven capitán llegaba al período álgido. «En el ejército, no hay quien no esté seguro (y bien lo prueban cuantos combates hemos sostenido) que dos batallones, tres escuadrones y una batería de artillería pueden recorrer á Méjico entero sin que se atreva á chistarles ningún ejército del país.²»

El 28 de febrero, casi en las goteras de Puebla, el humor tartarinesco del escritor no sufre un instante de mengua ni de decaimiento. «Es cosa resuelta, dice, que se atacará á Puebla tratando de hacer prisionera á la guarnición, ó por lo menos de desorganizarla de tal manera que no piense encerrarse otra vez en Méjico.³»

«Son conformes de toda conformidad las noticias que tenemos acerca de Puebla: ésta rodeada de fortificaciones y cuenta con cien piezas de artillería. No nos amedrenta en verdad este aparato, pues sabemos bien que tan pronto como caiga en nuestro poder cualquiera de las obras del recinto, será nuestra la ciudad. . . . Si el ataque se apresura, todo concluirá en cinco ó seis días; pero para eso no hemos de seguir el parecer de los ingenieros, que exigen un ataque en regla, con paralelas y demás.⁴»

Y un poco más allá: «Hacen mal en tomar tantas precauciones, que si proceden de pleno derecho cuando se trata de un ejército europeo, resultan superfluas respecto de uno mejicano.⁵»

Pero la primera embestida de los franceses le quita lo ufano y lo satisfecho. Está á punto de perder la vida en San Javier, presencia aquel fuego que Forey compara al de Sebastopol, y olvidándose de sus bravatas de marras confiesa que «en resumen *el trozo es más difícil de tragar de lo que suponía*, pues tras de murallas adquieren estas gentes no sé que fuerza de resistencia. . . .»⁶

«En mi última carta, escribe desanimado, decía que era modes-

1 Loizillon op. cit. pág. 38.

2 Loizillon op. cit. pág. 40.

3 Loizillon op. cit. pag. 44.

4 Loizillon op. cit. pág. 45.

5 Loizillon op. cit. pág. 47.

6 Loizillon op. cit. pág. 52.

«Lo que ha sucedido en diez años volverá suceder, y los fenómenos morales que observamos en este último período, volverán á repetirse con toda exactitud cuando sea necesario.»

LAS CONSECUENCIAS DEL SITIO DE PUEBLA.

Como se sabe, el sitio de Puebla fué causa de grandes vacilaciones y de mayores sorpresas en la corte de Napoleón III. El emperador no durmió durante varias noches consecutivas, presa de la zozobra, y el día que llegó la noticia de la toma de la plaza, el príncipe imperial en persona arrojó el parte de la rendición al pueblo aglomerado en las afueras de las Tullerías. Se consideraba aquel caso tan importante como cualquiera de las grandes batallas de la monarquía.

Durante el largo y porfiado sitio se empezó á comprender que aquella «kabila indocil é incapaz de cultura,» aquella «raza de caída y decrépita,» aquel «pueblo sin resorte moral y sin energías para la defensa,» servía para algo más que pagar reclamaciones exorbitantes y doblegarse ante las exigencias y los caprichos de cualquier aprendiz de diplomático del Quay d' Orsay.

En un autor francés, que por joven, por presuntuoso y porque venía primera vez al país refleja ampliamente el criterio del ejército invasor y quizás el de la nación francesa, nos encontramos la génesis del cambio de las opiniones acerca de Méjico.

No había quien no conviniera en que el fracaso del 5 de mayo había sido obra de la casualidad, de la torpeza de los franceses, de la buena suerte de los mejicanos, de cualquiera de todas estas cosas ó de todas ellas juntas, pero sin que el suceso pudiera repetirse una vez más, á no ser que se trastornaran las leyes de la naturaleza. Por eso Loizillon, el autor á que me refiero, anunciaba á una su amiga, el 9 de diciembre del 62^o que no tardará el ejército en llegar á Méjico, probablemente sin disparar un tiro.

El 23 del mismo mes decía desde Perote: «Como quiera que sea, no atacaremos á Puebla antes de los fines de enero. Algunos creen que nos costará mucho; otros, por el contrario, opinan que los mejicanos echarán pie atrás al primer cañonazo. Yo soy del parecer de estos últimos.²»

1 Op cit pág. 20.

2 Op cit pág. 30.

El 21 de enero avisaba desde Quecholac: «Seguramente que Puebla no resistirá más de quince días, pero quizás perdamos un mes en organizar una nueva base de operaciones antes de marchar para Méjico.¹»

El 4 de febrero la jactancia del joven capitán llegaba al período álgido. «En el ejército, no hay quien no esté seguro (y bien lo prueban cuantos combates hemos sostenido) que dos batallones, tres escuadrones y una batería de artillería pueden recorrer á Méjico entero sin que se atreva á chistarles ningún ejército del país.²»

El 28 de febrero, casi en las goteras de Puebla, el humor tartarinesco del escritor no sufre un instante de mengua ni de decaimiento. «Es cosa resuelta, dice, que se atacará á Puebla tratando de hacer prisionera á la guarnición, ó por lo menos de desorganizarla de tal manera que no piense encerrarse otra vez en Méjico.³»

«Son conformes de toda conformidad las noticias que tenemos acerca de Puebla: ésta rodeada de fortificaciones y cuenta con cien piezas de artillería. No nos amedrenta en verdad este aparato, pues sabemos bien que tan pronto como caiga en nuestro poder cualquiera de las obras del recinto, será nuestra la ciudad. . . . Si el ataque se apresura, todo concluirá en cinco ó seis días; pero para eso no hemos de seguir el parecer de los ingenieros, que exigen un ataque en regla, con paralelas y demás.⁴»

Y un poco más allá: «Hacen mal en tomar tantas precauciones, que si proceden de pleno derecho cuando se trata de un ejército europeo, resultan superfluas respecto de uno mejicano.⁵»

Pero la primera embestida de los franceses le quita lo ufano y lo satisfecho. Está á punto de perder la vida en San Javier, presencia aquel fuego que Forey compara al de Sebastopol, y olvidándose de sus bravatas de marras confiesa que «en resumen *el trozo es más difícil de tragar de lo que suponía*, pues tras de murallas adquieren estas gentes no sé que fuerza de resistencia. . . .»⁶

«En mi última carta, escribe desanimado, decía que era modes-

1 Loizillon op. cit. pág. 38.

2 Loizillon op. cit. pág. 40.

3 Loizillon op. cit. pag. 44.

4 Loizillon op. cit. pág. 45.

5 Loizillon op. cit. pág. 47.

6 Loizillon op. cit. pág. 52.

to si vaticinaba diez días de sitio. Mis previsiones resultaron exactas desgraciadamente, pues los mejicanos se defienden con una energía de que no les creíamos capaces.¹

El 30 de abril, recién ocurrido el caso de Santa Inés, ha modificado ya su opinión, y lejos de mostrarse *glorieux* y perdona vidas, dice con tristeza que «el sitio será largo y que *los mexicanos que conoce no son los que están tras de los muros*»²

«En resumen, exclama, la defensa de Puebla está perfectamente organizada y conducida. Apenas levantamos un espaldón de tierra, cuando al día siguiente ya hay abiertas aspilleras que lo batan.

«¿Qué dirá el emperador cuando sepa estas tristes noticias? El que nos anunciaba con toda formalidad, por el último correo, que no encontraríamos resistencia ninguna ni en Puebla ni en Méjico.

«¿Qué triste guerra ésta y qué de males va á traerle á Francia! Venimos para atacar á la porción vivaz, progresista, fuerte y numerosa en el país. Estamos apoyándonos en la parcialidad muerta y podrida y combatiendo contra el principio liberal, que preconizamos en nuestra propia casa.»

Olvidándose de que había asegurado que «con tres batallones, dos escuadrones de caballería y una batería de artillería se podía recorrer todo Méjico sin hallar resistencia ninguna,» se indigna contra Saligny «ese hombre que había causado la triste guerra en que estaban metidos y que había contrapesado el mando militar.»

«Si le creyéramos, observa lleno de ira, marcharía de Orizaba á Méjico con un batallón de zuavos. Hace cinco ó seis días vino á recitar él *mea culpa* ante el general en jefe, pues dice que estaba engañado, y que no aguardaba tal energía de parte de los mejicanos.....»

«Pues bien, tras esta declaración contaba antes de ayer en Cholula, que el ejército había hecho mal en atacar á Puebla, y que en aquel momento se comprometía á tomar á Méjico con un pelotón de caballería. ¡Y á este hombre se le ha confiado la política de un país.....! Pobre Francia, que podría desempeñar tan hermoso papel si no estuviera paralizada por esta guerra estúpida.»³

1. Loizillón op. cit. pág. 52.

2. Loizillon op cit pág. 55.

3. Loizillón, op. cit. págs. 68, 69.

Y era tan cierto que la defensa de Puebla había hecho cambiar la opinión de los franceses, que en la conferencia que tuvo el Gral. Mendoza, en el cerro de San Juan, con el Gral. Forey y su jefe de estado mayor, el coronel D'Auvergne, éste dijo: «El Gral. Ortega debe estar seguro, si pretende una capitulación, de que se concederán á los defensores de la plaza todos los honores y todas las garantías que merecen; de lo contrario, debe estarlo también de que los prisioneros que se hagan en la plaza, cuando ésta caiga en nuestro poder, caso de que los defensores rompan su armamento, como usted lo acaba de indicar, quedarán sin garantía alguna y serán, en consecuencia, deportados á la Martinica.

«Oído lo expuesto por el Gral. Forey, dijo con bastante vehemencia y en tono de desaprobación á los conceptos emitidos por el jefe de su estado mayor; yo deporto á la Martinica á los ladrones, á los bandidos, pero no á oficiales valientes, como los de que se compone la guarnición que defiende á Puebla.»¹

El Gral. du Barail² concluye el episodio de Puebla con estas nobles palabras, que no resisto á la tentación de copiar textuamente:

«En aquellos momentos recibía el Gral. Forey á un parlamentario que le llevaba esta hermosa carta del Gral. Ortega:

«Señor general: No siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por la falta de municiones y víveres, he disuelto el ejército que estaba á mis órdenes y roto su armamento, inclusa la artillería. Queda, pues, la plaza á las órdenes de V. E. y puede mandarla ocupar, si lo estima por conveniente, tomando las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traería consigo una ocupación violenta, cuando ya no hay motivo para ello.

«El cuadro de generales, jefes y oficiales de que se compone este ejército, se halla en el palacio de gobierno, y los individuos que lo forman se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor general, seguir defendiéndome por más tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haría.

«Acepte V. E. etc.

ORTEGA. ®

«Estas hermosas líneas, obra de un general vencido, pasaron por la vista del Gral. Bazaine. ¿Por qué ¡ay! las había olvidado en 1870? ¿Por qué no las copió pura y simplemente, enviándolas al príncipe Federico Carlos? ¿Por qué no aprovechó el mariscal de Francia la lección

1. Parte de G. Ortega, pág. 113.

2. Op. cit., págs. 440 á 443.

que le había dado el general mexicano, al enseñarle como se acepta la derrota después de ejecutar todo cuanto manda el deber para obtener la victoria?

«Ya estaba ocupada la arrogante Puebla. Su caída dejaba en nuestras manos 20 generales, 303 oficiales superiores, 1119 oficiales subalternos y más de 11000 suboficiales y soldados. ¿Qué tratamiento debía darse á esta guarnición vencida?»

«Este punto dió origen á grandes disputas entre el general en jefe y el ministro de Francia, cuyas mutuas relaciones se habrían agriado más si tal cosa hubiera sido posible. Dubois de Saligny hizo notar que habiéndose rendido sin condiciones los defensores de Puebla, se podía disponer de ellos á nuestra guisa, pues ninguna convención les protegía. Concluyó pidiendo que Ortega y sus oficiales fueron deportados á Cayena ó por lo menos confinados á la Martinica.

—«Es cierto, respondió Forey, que no hay convención escrita; pero las leyes del honor me obligan más aún de lo que me obligaría mi firma puesta al calce de un papel, pues estoy dispuesto á no faltar nunca á las tradiciones de confraternidad militar. Tal vez este ejército haya excitado el enojo de los políticos; pero en cambio se ha ganado la estima y la consideración de nosotros los soldados; y me propongo á todo trance no consentir que se trate como malhechores á tantos valientes.

«Todavía más radicales que Saligny y proponiendo una medida más sumaria, estaban los generales mejicanos que servían á los franceses, como el Gral. Almonte y el viejo Gral. Woll, que (á pesar de ser éste de origen francés) trataban austera y sencillamente de que Ortega y los suyos fueran fusilados; Forey ni siquiera se tomó el trabajo de responder á aquellos salvajes.»

El Sr. Bulnes se mesa los cabellos, derrama ceniza sobre su cabeza y rompe sus vestiduras al calcular lo que costó al país el sitio de Puebla, y califica á Juárez y á los suyos con los nombres despectivos que tan á mano tiene siempre nuestro historiador.

Hagamos el balance de lo que costó el sitio y de los resultados que trajo; quizás podamos comprobar que los elementos perdidos valían poco en comparación de los resultados que se obtuvieron.

«La toma de Puebla hizo caer en manos de los franceses 26 generales, 303 oficiales superiores, 1179 oficiales subalternos, 11000 suboficiales y soldados y 150 piezas de artillería.¹

1. Bueno es fijarse en que estas cifras proceden de autores franceses, natural-

«El 18 de mayo se habían rendido en Puebla 1508 oficiales.

«El día de la salida estaban presentes: 22 generales, 228 oficiales superiores, 700 oficiales subalternos: Total: 950.

«En el momento de embarcarse en Veracruz, había sólo 13 generales, 110 oficiales superiores, 407 oficiales subalternos, total: 530.

«La mayor parte de los que faltaban se habían escapado en el trayecto de Orizaba á Veracruz. Seis generales, Ortega, La Llave, Patoni, Pinzón, García y Prieto se evadieron en Orizaba; otros se fugaron en Puebla mismo, contándose entre ellos Escobedo, Berriozábal, Antillón, Porfirio Díaz, Ghilardi y Negrete. Encontraremos á todos al frente de partidas aisladas ó de cuerpos regularmente constituídos. Casi todos volvieron á las provincias en que se les conocía y en que disfrutaban de influencia. Fueron quienes mantuvieron el foco de las ideas liberales y contribuyeron á prolongar la guerra.»¹

Como se ve, la pérdida en jefes fué relativamente insignificante, y aun los mismos deportados á Francia (con excepción de los pocos que se adhirieron al imperio) no tardaron en volver al país y en prestarle de nuevo sus servicios.

Los soldados refundidos en las tropas de Márquez, que fueron en número de 5000, se desertaron á poco andar, y el gobierno legítimo tuvo en octubre del 63 un núcleo de tropas compuesto así:

Al mando de Uraga	10000	hombres.
„ „ „ Arteaga	2000	„
División Doblado	4000	„
Brigada Patoni	900	„
„ Hinojosa	2000	„
Fuerzas de Tamaulipas	2000	„
A la vuelta	20900	„

mente interesados en realzar su triunfo y en abultar el número y valor de lo capturado; mas debo hacer presente que Niox, de quien son las frases anteriores, (pág. 282) pone una nota en que dice que, según parte firmado por el jefe del estado mayor de la 2ª división, sólo se estima en 9000 el número de prisioneros. ¡Ya es rebajar el disminuir lo menos en una tercera parte la cantidad de gentes vencidas! Por lo que toca á los cañones, el Gral. du Barail. (pág. 445) apoyándose en el inventario del barón Berge, pone sólo 117 bocas de fuego. Si se atiende á que la mayor parte de esas piezas se habían inutilizado quemándose las cureñas, aserrándose los afustes y haciéndose volar los obuses, la presa de los franceses viene á ser casi insignificante.

1. Niox, op. cit. pág. 282, 283.

De la vuelta.....	20900	„
División Negrete.....	2500	„
Fuerzas de Jalisco.....	3000	„
„ „ Sonora.....	2000	„
„ „ Sinaloa.....	1500	„
„ „ Guerrero.....	1800	„
Con el Gral. Díaz.....	3000	„

34700 hombres.

El fracaso estaba subsanado y obtenidos los fines que Juárez se propuso al ordenar la defensa de Puebla.

Y no diga el Sr. Bulnes que el nuevo ejército pudo añadirse al antiguo, puesto que, si no era el mismo, al menos contaba con muchos de los elementos de aquél; ni menos finja fantasmagorías como la de que, con el gran núcleo de tropas que imagina, habríamos obligado á los franceses á retirarse, pues hasta la saciedad nos repite el historiador de Juárez, que si los mexicanos hubieran infligido al ejército francés un descalabro de importancia, Napoleón habría enviado sin falta 50, 100, 200 ó 500,000 hombres más de los que aquí tenía.

Ya inserté arriba el parecer de Thyval acerca del carácter de la guerra de México: du Barail escribe estas palabras comparando el sitio de Puebla y la invasión de España.²

«Al otro día de la toma de San Javier el sitio adquirió una fisonomía particular, pues se convirtió en guerra de calles. Puebla, violada, se tornaba Zaragoza.»

Idénticas comparaciones se hallan en casi todos los escritores franceses que se ocuparon en las cosas del sitio.

Movido por esta identidad de apreciaciones, un oficial mejicano del más alto valer, entusiasta por su arte y por la causa liberal y en quien los grandes servicios prestados á la patria no han sido obstáculo para su aplicación al estudio—he nombrado al Sr. Gral. D. Jesús Lalanne—emprendió un completo y utilísimo trabajo com-

1. Bancroft, *Porfirio Díaz*, pág. 388.

2. Du Barail, pág. 414.

parando los dos sitios, de Zaragoza y de Puebla. Extracto en lo conducente esa monografía.¹

PUEBLA.

ZARAGOZA.

TOPOGRAFÍA.

TOPOGRAFÍA.

Ciudad abierta.

Ciudad abierta, pero con grandes obras ya construídas y el río Ebro á su margen.

FORTIFICACIONES.

FORTIFICACIONES.

Aprovechadas las naturales que ofrecían los conventos y manzanas de casas. Los fuertes levantados eran de tierra y se habían hecho á toda prisa.

La natural del Ebro; muchos conventos, iglesias y casas particulares, una gran muralla de piedra seca con terraplén y numerosas obras semipermanentes.

ESPÍRITU DE LA POBLACIÓN.

ESPÍRITU DE LA POBLACIÓN.

Deplorable; Puebla seguía siendo la ciudad clerical, que se com-

Excelente; todos los hombres válidos se alistaban para servir

1. Aprovecho esta oportunidad para dar público testimonio de mi agradecimiento al Sr. Gral. Lalanne, quien me ha ayudado en la formación de todas mis obras históricas con el cariño, el desinterés y la buena voluntad que conocen cuantos se acercan al distinguido veterano. Libros, documentos, noticias, recomendaciones para los testigos de los sucesos que no presencié, todo, en fin, cuanto puede hacer fácil, llevadera y hasta grata la tarea del investigador de historia contemporánea, me lo suministró el Sr. Lalanne con un desprendimiento y una gentileza que nunca le agradeceré bastante. Mi libro sobre Puebla, que corre impreso en la colección de mis novelas históricas, contiene (en materia de información) verdaderas joyas, que debo en gran parte á la bondad del antiguo y fiel ayudante de González Ortega.

El Sr. Lalanne no es el único general mejicano á quien debo esos servicios: también me los han prestado otros que por su jerarquía, sus antecedentes y su importancia, han dado gran valor á mis pobres trabajos mediante los informes que han tenido la bondad de suministrarme.

PUEBLA.

placía en tejer coronas para los extranjeros invasores, y en mostrarse declaradamente hostil contra los que defendían á su patria.

MANDO.

D. Jesús González Ortega, soldado novel y sin experiencia.

TROPAS SITIADORAS.

34,000 franceses y 2,600 mejicanos.

TROPAS SITIADAS.

16,000 hombres, si se cree á los testimonios de los presenciales; menos de 20,000 si se atiende á los datos que corren impresos—á contar de la salida de las caballerías.

ARTILLERÍA.

178 piezas.

PROVISIONES DE LOS SITIADOS.

Escasísimas; las necesarias para alimentar á 20,000 hombres durante un mes.

PROVISIONES DE LOS SITIADORES.

Abundantes, debido en parte á imprevisión de los republica-

ZARAGOZA.

en el ejército, excitados por los frailes, que habían predicado la guerra santa contra los inmundos cerdos que destruirían la religión católica si llegaban á triunfar.

MANDO.

D. José Palafox, soldado sin práctica ni conocimientos.

TROPAS SITIADORAS.

18,000 franceses.

TROPAS SITIADAS.

45,000 hombres eficazmente ayudados por 50,000 habitantes dellugar, que tomaban las armas cuando era menester.

ARTILLERÍA.

150 piezas.

PROVISIONES DE LOS SITIADOS.

Inmensas y de todas clases. Había para alimentar á 15,000 hombres durante seis meses.

PROVISIONES DE LOS SITIADORES.

Escasas y difíciles de acaparrarse.

PUEBLA.

nos y en parte á complicidad de los hacendados, grandes simpatizadores de la intervención.

DURACIÓN DEL SITIO.

PUNTOS OCUPADOS AL CONCLUIR.

55 días. No se tomó ningún punto que constituyera una defensa principal de la plaza.

TERMINO DEL SITIO.

Ocupación de la plaza. Ruptura de fusiles y cañones, inundación de pólvoras, voladura de piezas. La guarnición se constituyó prisionera sin consentir en adherirse á los invasores.

EL CLERO CATÓLICO.

«El interior de la catedral resplandecía de plata y oro. Era un deslumbramiento en medio de la desolación» (Du Barail, pág 444)
«El clero de Puebla, en medio del mayor regocijo y vistiendo de gala la catedral, recibió en ella á los invasores de su Patria, cantando un solemne Te Deum por la toma de la ciudad.» (G. Ortega, *Parte general.*)

ZARAGOZA.

DURACIÓN DEL SITIO.

PUNTOS OCUPADOS AL CONCLUIR.

53 días. Tomadas casi todas las defensas importantes.

TERMINO DEL SITIO.

Capitulación. Los oficiales y soldados debían prestar juramento de fidelidad á José I ó prepararse á marchar prisioneros á Francia.

EL CLERO CATÓLICO.

Lannes es recibido bajo palio por el obispo Santander.

¡El sitio de Puebla, que sufre la comparación con el admirable de Zaragoza, y que le excede grandemente en lo que toca á su término, no puede ser una mancha en la historia del ejército mejicano ni en la del hombre que le ordenó y dispuso!

Por eso el duque de Aumale, presidente del consejo de guerra que juzgó á Bazaine, recordaba al capitulado de Metz el término del cerco de Puebla; por eso las ordenanzas de los ejércitos europeos previenen que en la última extremidad de los asedios se obre como lo hizo el tinterillo de Juchipila, el militar de ocasión, el ignorante y el necio á quien tan duramente califica el Sr. Bulnes. . . .

Pero hay algo que en mi concepto se puede considerar como el resultado más importante del sitio de Puebla: el haber servido para que abrieran los ojos los conservadores de buena fe y los numerosos franceses que creían aún en la trivial leyenda de un Juárez infame, traidor, de mala fe, enemigo jurado de los alienígenas, borracho y glotón; y en la leyenda (más acreditada aún) de un partido monarquista honrado, numeroso, sensato, discreto y bien criado que volvía los claros ojos que enturbiaba el llanto, á través del mar inmenso, en solicitud de un auxilio, de una muestra de simpatía, de un gesto de asentimiento de los monarcas y los pueblos de allende.

Du Barail nos cuenta el aspecto triste y desolado que presentaba la conquista de Forey: ni una autoridad para recibir á éste, ni siquiera un empleado municipal, nadie. En las calles no había un curioso que le mirara, ni una mujer que le sonriera; atravesaba una ciudad muerta; marchaba en medio de un silencio lúgubre y crispador. . . . este contraste entre lo esperado y lo ocurrido infundía en Wolf sentimientos de humildad y dudas acerca de lo legítimo de su sangrienta intervención.

A contar del cinco de mayo, pero con más razón después del sitio de Puebla, los Rouher y los Billault no pudieron hablar más de la oligarquía que pesaba sobre Méjico ni de la misión civilizadora del ejército francés: desde entonces empezaron á conocerse los propósitos de los redentores y la negrura del colorido con que estudiadamente pintaban aquellos á los enemigos á quien combatían.

Un concienzudo estudio de un pensador americano resume admirablemente ese momento de nuestra historia: «Al principio de

1 En *Annual report of the american historical association for the year 1902 Causas por-*

la empresa, dice, ninguna duda nublaba las esperanzas que tenía Napoleón III de alcanzar éxito cumplido en el establecimiento de una monarquía dependiente de Francia. Los clericales y conservadores refugiados en Europa se habían convencido de que bastaría un pequeño contingente de sus tropas para vencer la facticia oposición de los liberales. Sin duda el Ministro de Relaciones era sincero cuando aseguraba á los Estados Unidos en esta época que Francia no trataba de cohibir la voluntad del pueblo mejicano en cuanto á la elección de una forma especial de gobierno. Pensaba que por todas partes se aclamaría la bandera francesa como símbolo de liberación de la anarquía, y que protegida por ella la elección espontánea nacional traería la organización de una monarquía estable.¹

«ESTAS ESPERANZAS RECIBIERON LA MAS AMARGA SERIE DE DECEPCIONES Á CONTAR DESDE LOS REVESES QUE ANTE PUEBLA SUFRIÓ EL EJÉRCITO LIBERTADOR.»

Antes de Puebla, habíamos sido (aun en concepto de los liberales europeos) una tribu rebelde y levantisca—algo como tuaregs ó chinos de América—que rechazábamos sistemáticamente el suave yugo francés; después de Puebla se nos vió como nación briosa y fuerte que propugnaba con denuedo por su libertad; y no hubo gran pensador, periodista honrado ó político de altas miras que no nos manifestaran su intensa admiración.

En Puebla quedó probado lo utópico é impracticable del pensamiento más grande del reinado de Napoleón III.

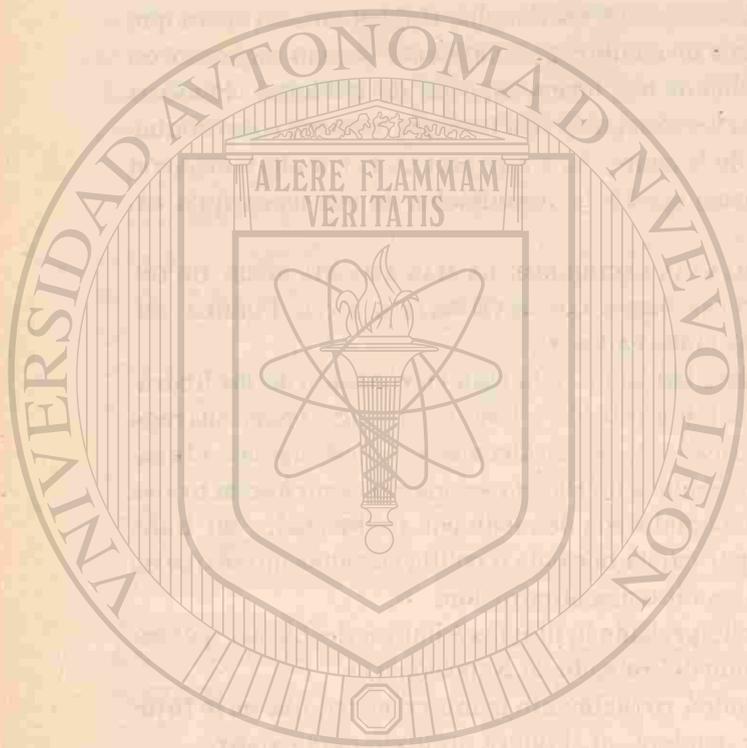
En Puebla terminó virtualmente la intervención, que en lo futuro no pudo tener bandera, ni siquiera pretexto para existir.

Tacuba, septiembre de 1904.

V. SALADO ÁLVAREZ.

que se retiró de Méjico el ejército francés. Cf. sobre este asunto Randón, memorias 11, 81, 84, 85, Vieil-Castel, *Memorias*, VI 288. Nótese también el carácter de los despachos de Dayton en la *Correspondencia Diplomática* de 1863, tomo II, 726, 730, 745, 760, 773. Es explícito el siguiente brevísimo párrafo de Randón. «En el fondo, como todos los miembros del consejo, el mariscal era contrario á la expedición mejicana y hubiera querido terminarla lo más pronto posible. El patriotismo mejicano se exaltaba, y en Francia la opinión pública parecía cada vez más contraria á la expedición. Alentaban á nuestros adversarios los vivos ataques contra el gobierno de los miembros de la oposición en el Palacio Borbón.»

1 Dayton á Seward, 27 de septiembre de 1861. Doc. 190, pág 212, Docs. de la Cámara de Diputados, segunda sesión Congreso XXXVII.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIOTE
F
J
S
c